Diana Paola Guzmán Méndez

Memoria y canon

en las historias
de la literatura
colombiana
(1867-1944)

ediciones
USTA

Memoria y canon en las historias de la literatura colombiana (1867-1944)

Diana Paola Guzmán Méndez

**Memoria y canon en las historias
de la literatura colombiana
(1867-1944)**

Guzmán Méndez, Diana Paola

Memoria y canon en las historias de la literatura colombiana (1867-1944) / Diana Paola Guzmán Méndez

-- Bogotá : Universidad Santo Tomás.

xxxiii, 243 p. ; 17x24 cm

ISBN: 978-958-631-901-0

Incluye referencias bibliográficas (p. 229-243).

Contenido: Historia de la literatura de la Nueva Granada: cimientos del canon. -- La novela en Colombia: la promesa del progreso. -- Historia de la literatura colombiana: el canon como mecanismo de memoria. -- Letras colombianas. Principios de la promesa moderna. -- Conclusiones.

1. Literatura colombiana – Historia – 1867-1944 2. Identidad cultural – Colombia 3. Patrimonio cultural – Colombia 4. Memoria colectiva – Colombia.

Co 860 SCCD 21 CO-BoUST

© Diana Paola Guzmán Méndez

© Universidad Santo Tomás

Ediciones USTA

Carrera 9 n.º 51-11

Edificio Luis J. Torres, sótano 1

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: (+571) 5878797, ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://ediciones.usta.edu.co>

Directora editorial: Matilde Salazar Ospina

Coordinación de libros: Karen Grisales Velosa

Asistente editorial: Andrés Felipe Andrade

Diagramación: María Libia Rubiano

Diseño de cubierta: Kilka Diseño Gráfico

Corrección de estilo: Lorena Cardona

Hecho el depósito que establece la ley

ISBN: 978-958-631-861-7

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Impreso por: Fundación Itedris

Todos los derechos reservados

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización previa por escrito de los titulares.

A Emiliano por ser mi vela.

A Ricardo por ser mi ancla.

A mis padres, por la memoria.

Agradecimientos

A mi esposo, por marcar la ruta y permanecer. Agradezco infinitamente a mi maestra, amiga y colega Olga Vallejo Murcia; su acompañamiento permanente e incondicional fue esencial para este trabajo. A mis compañeros del grupo de investigación «Colombia: tradiciones de la palabra de la Universidad de Antioquia», por su lectura crítica y aportes precisos. A Omar Parra, por su cómplice camaradería; a los compañeros de la Unidad de Investigación y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Finalmente, a mis estudiantes, sin ellos este trabajo hubiera sido tan solo humo.

Contenido

<i>Presentación</i>	<i>xiii</i>
<i>Introducción</i>	<i>xvii</i>
Capítulo I	
Historia de la literatura de la Nueva Granada: cimientos del canon	37
La génesis de un modelo: el nacionalismo católico	37
El esfuerzo fundacional a través de la palabra	39
El canon conservador en la <i>Historia de la literatura de la Nueva Granada</i> . La invención de la tradición	42
Lengua y poder: un hito en la invención de la tradición	49
La épica independentista: las armas y las letras	53
La biblioteca es la nación: principios de la memoria nacional	62
Derechos de memoria: principios para la transmisión del legado	72
Capítulo II	
<i>La Novela en Colombia</i> : la promesa del progreso	75
La memoria visitada por el pasado	75
Novela y progreso	79
<i>Manuela</i> : la novela de los desheredados	84
Los escultores de la memoria: el principio de una historia localista	88

La novela histórica: un espectro de la herencia	93
<i>María</i> como ilusión fundacional	97
La novela en Antioquia: la escritura de la raza	99
El escritor de las clases ínfimas	102
La novela reciente: el tiempo del pueblo	106
Novelistas recientes: legitimidad del legado nacional	110
Capítulo III	
<i>Historia de la literatura colombiana: el canon como mecanismo de memoria</i>	113
La transmisión del legado	113
Del monumento al documento	118
Hacia una historia revisionista	125
Cartografías del legado: del genio nacional a la transmisión	130
Primer territorio: la instrucción del legado	138
Segundo territorio: la opinión pública	141
Rutas del archivo accesible	144
La Expedición Botánica: principio de la cultura nacional, independencia de las letras colombianas	146
Del poeta al escritor público: las puertas del progreso	149
Capítulo IV	
<i>Letras colombianas. Principios de la promesa moderna</i>	159
La irrupción del oficio crítico	159
La construcción de un juicio. De los arcontes a los profetas	160
Las letras críticas como configuración de una historia literaria	170

Hacia una historia crítica de la literatura colombiana	178
La época del sujeto: apuestas a la construcción de una literatura	184
De la protección y transmisión del legado a la reterritorialización: la profesionalización del escritor	189
El modernismo: autonomía incipiente del campo literario	198
Conclusiones	203
Aceleramiento de la historia y socavamientos del canon	203
<i>Historia de la literatura colombiana</i> . El canon como mecanismo de memoria, la transmisión del legado	208
La novela en Colombia. La promesa del progreso	218
<i>Letras colombianas</i> . Principios de la promesa moderna	221
Bibliografía citada y consultada	229

Presentación

«Escribir no tiene nada que ver con significar,
sino con medir territorios, cartografiar regiones futuras».

Deleuze–Guattari. “Rizoma”, *Mil Mesetas*

Escribir e historiar tienen que ver necesariamente con la exploración de geografías, de caminos y rutas que exigen, cada uno en su especificidad, el adentrarse en los tejidos más profundos de las cartografías historiográficas. *Memoria y canon en las historias de la literatura colombiana (1867-1944)* inicia su trasegar con la figura del primer historiador de las letras colombianas, José María Vergara y Vergara, quien establece, desde el principio de su *Historia de la literatura de la Nueva Granada. De la Conquista a la Independencia (1538-1810)*, un camino que repetirá estaciones hasta 1944, con la aparición de *Letras colombianas*, del antioqueño Baldomero Sanín Cano.

La ruta trazada de 1867 a 1944 tiene como punto de inicio de esta investigación la relación ambivalente entre poder y literatura; traducida en el vínculo entre hegemonía política y canon literario. Es claro que nuestra historia ha estado sellada por conflictos políticos que se han transparentado en los parangones estéticos. Un ejemplo de ello es el pensamiento conservador, que gobernaría con altibajos y de manera intermitente hasta 1930, y que mantuvo como una de sus premisas la conformación de mecanismos simbólicos como la literatura y la presentación de una escritura ideal que descansara sobre la seguridad del «buen hablar» y del «buen pensar».

Muestra de ello es la fidelidad promulgaba por el primer historiador de la literatura colombiana hacia el pensamiento conservador y la Iglesia católica; presentados como principios absolutos de la civilización. La inclusión de autores y obras que funcionan como centros ejemplificantes transhistóricos, marca el inicio de una historia monumentalista que tiene por objeto ser una directriz de lectura y organización de un archivo, cuyo destino fue convertirse en el legado custodiado por historiadores subsiguientes como Antonio Gómez Restrepo o Roberto Cortázar.

La publicación de *Historia de la literatura colombiana* (1938) de Antonio Gómez Restrepo es, a nuestro modo de ver, el siguiente momento fundamental de la dinámica de una estructura canónica que comienza a funcionar como mecanismo de memoria, puesto que marca aquello que debe ser recordado, legado e imitado, pero también aquello que debe ser olvidado y exiliado de una memoria histórica¹. La

1 Jacques Le Goff (1991) definió la memoria histórica como un recuerdo colectivo, un ejercicio de evocación volcado hacia el presente y con el valor simbólico de las acciones colectivas. Si unificamos el concepto dado por Le Goff con la reflexión de Paul Ricoeur (1999), ésta última más avocada a la praxis de dicha memoria en el discurso narrativo de los hechos, podríamos decir que la memoria histórica en cuanto recuerdo colectivo, toma forma en un discurso que puede tener diferentes agentes, dinámicas y lugares de enunciación. Es decir, se convierte en un escenario discursivo que puede preservar el poder de la hegemonía o cuestionarlo.

relación de Gómez Restrepo con aquel que fuera su maestro, Marcelino Menéndez y Pelayo, inaugura una praxis del canon que se entronca con la taxonomía de la memoria, su genealogía y las relaciones de parentesco entre el padre, el hijo y el hermano menor. Sin embargo, esta «historia» no se erige como una simple continuidad del camino emprendido por Vergara; en sus páginas comienza a clarearse la figura de un escritor público que trae consigo la necesidad urgente de situarse en el presente.

Aquella memoria cifrada en la estabilidad de un pasado terminado y nacionalizado debía enfrentar el carácter de un país que se veía de cara al progreso material. Durante el gobierno de Rafael Reyes (1904-1909), Roberto Cortázar publica *La novela en Colombia* (1908), primer trabajo que tendría como centro exclusivo la novela como género que reflejaba perfectamente al tiempo-ahora. De Gómez Restrepo sobrevivirá la figura de un letrado que comienza su metamorfosis a intelectual, de poeta a novelista capaz de denunciar las inequidades de un gobierno dictatorial. Aunque Cortázar seguía defendiendo aquel legado hispanófilo, tal vez sin saberlo, abrió la puerta para que la literatura iniciara su ruta hacia la autonomía.

Con la aparición de Baldomero Sanín Cano, la idea de un historiador que como un juicioso y resignado archivista cumpliera la función de arconte y luego vigía de aquel archivo, se ve socavada y reemplazada por la voz crítica de un sujeto que reconoce su conciencia histórica. Muestra de ello es la presentación que hace del modernismo como voz principal de la expresión americana y que se divorcia de aquel yugo que la ata a España; medra la idea de una literatura nacional que sirve como reflejo de una identidad ideal y homogénea.

Así, nuestras cuatro estaciones se encuentran habitadas por herederos que proponen, cada uno a su manera, modos de leer la historia, de interpretar sus relaciones y de evidenciar genealogías que marcan la transición de un legado. La herencia exige derechos de entrada y, claro está, de memoria que pueden ser vistos como modos de eternizar la deuda y, finalmente, de saldarla.

José María Vergara y Vergara, junto con Antonio Gómez Restrepo, conviven con los espectros del pasado y los hacen sobrevivir en un presente que solo puede ser accionado, a partir de las pervivencias axiológicas. Roberto Cortázar los hará vivir con las leyes propias de un presente que tenía como objetivo el progreso comandado por unos pocos. Sanín Cano, por su parte, ya no vincula la idea de la herencia como apropiación mecánica de un bien adquirido desde el nacimiento, desde la transmisión y el testamento, sino como un proceso de lectura, interpretación y crítica de dicho legado.

Pervivencias y dinámicas, traslados y socavamientos, convierten al canon en un mecanismo de memoria y a esta en el cuerpo propio de un sujeto que, poco a poco, comienza a ser consciente de la multiplicidad de sus orígenes. La cartografía de la historia literaria es, en realidad, la geografía de una polifonía, cuyas voces mutan de arconte a guardián, de guardián a transmisor y de transmisor a crítico. En los intersticios de las «historias» estudiadas se encuentran las configuraciones del intelectual, de la idea de literatura y del modo como debe periodizarse.

En este sentido, transgredimos la concepción de un canon que permanece y se vincula a la repetición desnuda de un pensamiento «conservadurizante». Proponemos un canon que, en cuanto legado, se convierte en un pasado movable, una forma de memoria que conecta al pretérito con el presente, con sus configuraciones y representaciones, en la cual los sujetos heredan, pero también son capaces de renunciar a la «bondad» de la riqueza.

Este libro se presenta como una genealogía del canon, de los modos como se configuran las relaciones de parentesco, las fisuras que con el devenir se van marcando en el testamento y, finalmente, la carta de renuncia de aquel legatario que exige un principio nuevo y diverso de aquella memoria. Cada individuo es depositario de la totalidad o de una parte de la memoria familiar, a partir de lo que ha vivido y de lo que le fue transmitido. La herencia familiar condiciona, de manera consciente o inconsciente, las orientaciones, las inclinaciones, las elecciones; pero también cifra la posibilidad de que estos mandatos sean cambiados, cuestionados. El final no será más que el principio y el recuerdo del futuro.

Introducción

La idea de canon siempre ha estado ligada a la de tradición y a la definición de una serie de obras consideradas como clásicas: «Existen tradiciones en las que los autores se consideran “estándar” porque parecía que valoraban la moral y los principios intelectuales correctos o que demostraban un dominio del pensamiento preciso» (Harris, 1998, p. 38). En contraposición al canon bíblico que permanecía cerrado y monolítico, el literario permite añadir obras nuevas y renovadas. De esta manera, la permanencia cultural de las obras se sitúa en su resonancia dentro de la conformación de un sistema social y cultural determinado.

Aunque para Hans Robert Jauss el canon literario es una «serie de obras magistrales» (2000, p. 22), se hace evidente que el terreno canónico está poblado de tensiones constantes, de una pragmática destructiva entre lo nuevo y lo antiguo, la clausura y la liberación, que evoluciona para superar el canon anterior. Sin embargo, las discusiones en torno a la dinámica de este no rebasan su propia naturaleza, no se internan en las causas por las cuales es generado, lo que limita la reflexión canónica del binarismo lógico. El fenómeno no se describe en evolución, sino de forma intrínseca, obviando, muchas veces, las contradicciones que lo conforman.

Al ser concebido como modelo, se hace posible relacionar su metamorfosis con aquellos cambios del contexto social que se corresponden, a su vez, íntimamente con la literatura. En el momento en el que el canon entra en concordancia con un proyecto social y colectivo como el de nación, la labor de los historiadores de la literatura –en los que pervive un modelo canónico– radica, en general, en la conformación de modos de atención desde el discurso que no mueran con el tiempo, sino que sobrevivan en la estructura de la tradición nacional, es decir, que sean un modelo a seguir.

Desde esta perspectiva, la obra es evaluada por el historiador a partir de tres elementos fundamentales: las resonancias históricas del texto, explicadas como el nivel en que las obras se relacionan explícitamente con otros discursos como el político; el grado de polivalencia que define la posible multiplicación de sus significados, su introducción y pervivencia dentro del coloquio crítico, en donde encuentra un patrocinador adecuado, en este caso, el historiador o la academia. Finalmente, el modo en que resulta maleable, es decir, la congruencia entre sus posibles significados y las preocupaciones críticas: «En lugar de estampar obras con el sello de la autoridad, los cánones literarios proponen la entrada en el coloquio crítico de una cultura» (Kermode, 1998, p. 42)¹.

El canon conservador no es un estándar que permanece inmune al tiempo, por el contrario, es transformado de acuerdo con el coloquio social del que haga parte. En este caso, el proyecto de nación,

¹ El coloquio crítico para Kermode (1998) resulta de la dinámica cultural con la que se enlaza el texto. Es descrito por el autor como una discusión eterna de cuestiones generales que parecen pervivir de manera infinita dentro de un grupo social.

con un gran sustrato hispanófilo, sería el coloquio iniciático para su nacimiento². De la unión del canon oficial y el selectivo surge el pedagógico; este último, en nuestro caso, obedece en principio al elemento axiológico de la Ilustración española y del pensamiento de Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), acogido por nuestros historiadores³. Dicho canon, evidenciado en las historias y manuales didácticos de la literatura nacional, pretendía reafirmar el carácter diacrónico del canon oficial; este se distingue de una periferia que cambia rápidamente y que puede llamarse canon *del día* –*nonce canon*–, del que solo una porción minúscula de obras, podría llegar a formar parte del canon conservador.

El canon diacrónico y conservador representa un centro que estaría opuesto a una periferia desconocida, de manera consciente, por el historiador. Por otra parte, constituye lo que Wendell Harris (1998) denomina una selección heredada:

Lo que se enseña a una generación, depende de los gustos e intereses de la generación anterior y de las antologías y textos generados en respuestas a las demandas exigidas por esos gustos e intereses. A la selección heredada, cada generación añade las obras que quiere destacar, ya sea por la afortunada aparición de un patrocinador o por la maleabilidad para adoptar a los intereses del momento. (p. 42)

Los autores que persisten dentro del canon diacrónico nunca desaparecen de forma radical de la perspectiva literaria, siempre ocupan un lugar dentro de él, de manera directa y persistente, poblando lo que Harris llama un «cielo canónico» o, de manera intermitente, haciendo parte de lo que el autor denomina el «limbo canónico». Otro elemento de importante revisión lo constituyen las antologías, reflejo tácito del proceso canónico que evidencian la promoción de valores políticos, la celebración de un sentido de nación y la función básica de mantener una tradición formal y conservadora, cuyo reto más importante fue minar las bases de cualquier elemento que riñera con sus premisas. Por otra parte, las antologías se relacionarían de forma directa con las historias y manuales de corte didáctico que servirían como instrumentos canónicos selectivos.

Tomando en cuenta que el canon, al servicio de las historias nacionales, didácticas y antológicas se convierte en un modelo, resulta fundamental considerar los criterios de formación del canon conservador en Colombia. El primero de ellos, presentado como un principio explícito, es la uniformidad moral,

2 Para Wendell Harris (1998) existe una tipología del canon literario. En primer lugar, el canon potencial que comprende el *corpus* escrito en su totalidad y que, a su vez, depende de aquellos materiales que se encuentra a disposición del historiador; es decir, el canon accesible. Dicha clasificación, que parte de los objetivos del historiador/antólogo, se denomina el canon selectivo. Este funda el oficial que apunta a la creación de una tradición que será el acervo del canon crítico.

3 Recordemos que fue Jovellanos quien propuso la importancia de los estudios literarios dentro de los planes académicos de la nación española. Desde allí, la función civilizadora de la literatura, conferida desde la perspectiva neoclásica del «buen pensar» y del «buen hablar», podría ser aún más eficaz. Jovellanos hace de la educación el objeto privilegiado de sus preocupaciones. El vasto campo de sus intereses acaba siempre centrándose en la cuestión capital de la formación humana. Las publicaciones dedicadas a la educación abarcan casi tres decenios de su vida (1781-1809). Una perspectiva histórica de la educación reconoce en Jovellanos una figura emblemática de la pedagogía de la Ilustración.

junto con valores sociales establecidos desde el modelo ideal de lengua y religión. Dichos presupuestos tuvieron que pasar por un tamiz de constante revaloración que tomaron como base inicial la creencia en una sociedad jerárquica, traducida a través del principio divino conservador, basado en el principio civilizador de la Iglesia católica: «Toda valoración de un texto literario es, en realidad, un juicio sobre lo bien que el texto en cuestión satisface las necesidades cambiantes de los individuos y las sociedades, es decir, lo bien que realiza funciones específicas» (Harris, 1998, p. 45).

Por esta razón, resulta fundamental analizar las funciones que se establecen en los criterios de selección del canon dependiente, pero, a la vez, formador de un pensamiento conservador. En primer lugar, el personal que se propone hallar un sentido, de acuerdo con las necesidades y experiencias individuales del historiador; en segundo lugar, la estimación histórica que, en este caso, no solo se refiere a los giros generacionales de las obras, sino a su relación con el sistema político, en cuanto hito histórico. A continuación, se encuentran las funciones que el canon, como modelo cultural activo, establece en relación con el sistema social, podríamos partir de su misión principal: la provisión de modelos ideales.

Uno de ellos se evidencia en los modos como los historiadores de corte conservador constituyen su aparato retórico desde la ejemplificación, a través de la vida «heroica» de los autores. De esta forma, presentaban un modelo moral para la mayoría de los lectores que verían en sus escritores «heroizados», la posibilidad de llevar a cabo dichos valores. Según dicho criterio, la literatura nacional debería estar representada por ejemplares de la más estricta pureza moral, puesto que la función conferida a las letras era la de enseñar e inspirar.

Otra de las funciones, la de la transmisión de una herencia constituida desde el paradigma hispanófilo, puede reflejarse mejor en las historias de corte nacional. Su objetivo central es convertir el canon en un centro que proporcione el conocimiento cultural básico. Esta dinámica experimenta una suerte de transformación; por un lado, las primeras historias se enfocan en la clasificación y selección del acervo; por otro, las obras subsiguientes se encargan de la interpretación de los textos del pasado, determinando los temas actuales con perspectivas históricas y orientando en los logros estéticos, cambios sociales y políticos⁴.

Sin embargo, a pesar de esa variedad radical de discursos y formas que experimenta nuestro tiempo, lo que parecen ser esfuerzos para derrocar la idea de un canon «conservadurizante», resulta, a menudo, en intentos de extenderlo sobre la base de ampliar nuestro patrimonio, nuestra memoria colectiva. El conocimiento y la conciencia comunes sobre modelos que habían resultado excluidos en el primer momento de escritura de la historia de la literatura nacional. El aspecto encarnado de la tradición, sigue perviviendo de manera velada, a través del reclamo de aquellas voces que piden a gritos pertenecer a ella⁵.

4 En el caso de las historias más contemporáneas, podríamos basarnos en lo que dice Clifford Geertz (2001), quien sostiene que la enorme multiplicidad en las formas de pensamiento actual hace posible la transmisión de un núcleo de conocimientos comunes, es decir, la tradición.

5 Cuando hacemos referencia a la memoria colectiva, se hace necesario contrastarla con la histórica, la cual hemos mencionado anteriormente. De acuerdo con Maurice Halbwachs (2004), su diferencia principal radica en el modo

La creación de marcos comunes de referencia confirma la pertenencia del canon en la construcción de una tradición sólida. El canon, cualquiera que sea su naturaleza, tiene como misión proporcionar puntos de referencia reconocibles. Vale la pena recordar que el canon se alimenta, en gran medida, de las estrategias compartidas por toda una comunidad, y estas a su vez, dependen de una teoría general.

Howard Felperin (1990) subraya la importancia y funcionalidad del canon dentro de los procesos de sistematización de la literatura: «el estudio institucional de la literatura resulta inconcebible sin un canon. Sin un canon, un corpus o muestrario de textos ejemplares, no puede existir una comunidad interpretativa, del mismo modo que no puede existir una comunidad creyente sin una doctrina» (p. 46)⁶.

Desde esta posición, se reafirma la pervivencia del canon diacrónico conservador dentro de una comunidad adoctrinada bajo el pensamiento de una tradición; pero la supervivencia de dicha tradición tendría que estar fundamentada en un piso temporal de reconocimiento, es decir, en otra función que ejerce el canon sobre este presupuesto, la «historización» como modo de rememoración y veracidad del recuerdo. En este caso, los textos literarios proporcionarían luz acerca de la época en que se escribieron y, en una relación de retroalimentación, los hechos históricos influirían de manera capital en la forma de interpretación y aprehensión de las obras. Al establecer esta dependencia entre historia y literatura, la tradición, propuesta por el canon, tomaría el estatus de hecho histórico reconocido como trascendente y colectivo.

Aunque un canon se compone de obras, en realidad se constituye a partir de sistemas de interpretación y no exclusivamente de los textos seleccionados. En consecuencia, es claro que la relación que pueda existir entre una historia y otra, se fundamenta en una serie de enfrentamientos de dichos sistemas. Es evidente que no existe un solo canon literario, sino múltiples, ya que el coloquio cultural que los produce varía y se opone a los demás. Las fuentes de las convenciones dominantes en las que se sitúa cada grupo social, producen distintas formas de aprehensión e interpretación de las obras. De esta forma, todas las elecciones humanas son paradigmáticamente políticas y se encuentran cifradas por una lucha de poderes: la tradición, la educación o la religión, los cuales se sitúan bajo la protección de una doctrina ideológica que influye sobre las decisiones humanas y que interactúan para producir una estructura social, en un tiempo determinado.

En consecuencia, situar la dinámica canónica en un punto exclusivo y único resultaría un ejercicio ingenuo, ya que es necesario verlo también desde el mecanismo de su lucha social con otras formas canónicas⁷: «El canon ha muerto, la razón es que nunca vivió; sólo han existido selecciones con

cómo se configura y expresa; la memoria histórica está situada más del lado del registro escrito, es una expresión del pasado permanente que puede ser interpretada, si se quiere, para leer el presente. En cambio, la memoria colectiva está en constante transformación y su sentido mutable, la conecta directamente con el ámbito oral y con una relación transhistórica entre el pasado, el presente y el futuro.

6 La traducción es propia.

7 De tal modo, la lectura contemporánea del canon conservador no censura únicamente la posición estética del mismo, sino que apunta a la desacreditación de cualquier texto que pueda apoyar la autoridad que lo rigió. Como lo afirma Murray Krieger: «rechazar nuestras obras de arte más veneradas, es, realmente, rechazar las instituciones

determinados objetivos. Si algo ha iluminado en los últimos veinte años de alarmas y exclusiones, es la multiplicidad de posibles objetivos» (Sullá, 1998, p. 145).

La reflexión del modo como se ha historiado y periodizado la literatura colombiana, nos lleva inmediatamente a pensar en el lugar y en el papel que la elite simbólica, el poder político, así como el campo estético y crítico, le han conferido a las maneras de jerarquización y ordenamiento de la literatura. Michel de Certeau (1999) había planteado que los procesos historiográficos, en su mayoría, se convierten en regímenes de representación tanto de inclusión como de exclusión, en sistemas de dominación⁸. Sin lugar a duda, el plan de identidad nacional que caracterizó al siglo XIX colombiano, tuvo como puntos de partida y de estructuración la lengua y la religión. La literatura fue uno de los instrumentos básicos para enunciar las bases y directrices que regirían la esencia política y social de lo que hoy es Colombia.

La construcción de una pirámide social que diera pie a una tradición, preocupó a aquellos que asumieron el oficio de generar una nación con pasado letrado; una historia que se respaldara en los anales seguros del archivo. Es así como los primeros intentos de escribir la dinámica de las letras nacionales iban acompañados con la generación de un vínculo irrompible con los paradigmas de civilización. La primera obra de esta naturaleza publicada en 1867, *Historia de la literatura de la Nueva Granada: 1535-1810*, da cuenta de los lazos irrompibles con España, caracterizando la literatura como el eje principal de la civilización y la ideología heredada de la Iglesia hispánica⁹.

A través de una historia de tono monumentalista, José María Vergara y Vergara (1831-1872) presenta un escenario literario gobernado por las ideas hispanistas y católicas, en donde el «buen hablar» y el «buen pensar», tanto como la presencia de la hegemonía conservadora que rigió los destinos del país desde 1886 hasta 1930, tenían más importancia que otros aspectos de las obras¹⁰. De la unión de los valores políticos y religiosos surge una historia de la literatura guiada por la ideología de corte conservador,

políticas de las culturas que las produjeron. Es como si, volviéndose en contra de un monumento estético, la estética anti elitista pudiera, de algún modo, borrar mentalmente la existencia de un contexto político reaccionario que florecía en el momento de la creación de la obra» (1992, p. 155)

8 Para Cristina Rojas (2001) un régimen de representación emerge de «la interacción entre (los) actores y sus contextos, y supone la presencia de actores luchando por su reconocimiento. Es un espacio de reconocimiento intersubjetivo y un espacio de deseo en tanto el sujeto depende del reconocimiento de otros sujetos» (p. 29).

9 En 1905 se publica la segunda edición con prólogo y anotaciones de Antonio Gómez Restrepo, impresa por la librería Americana y que se encuentra en la colección virtual de la Biblioteca Luis Ángel Arango. La tercera edición sale a la luz en 1958, prologada y anotada por Antonio Gómez Restrepo y Gustavo Otero Muñoz por la editorial ABC y dividida en tres tomos. La cuarta y última edición, dividida en dos tomos, se publica en 1974 por la Biblioteca del Banco Popular con entonaciones y prólogo de Antonio Gómez Restrepo y Gustavo Otero Muñoz. En el presente trabajo citaremos la primera edición, pues contiene las anotaciones y la presentación de su autor sin modificación alguna.

10 Para Renato Rosaldo (1991), la historia monumentalista está ligada, de forma irreductible, a la presencia de un sustrato ideológico regente, sus motivos se limitan a dar cuenta de la vida y de las obras producidas por representantes del grupo que se encuentra en el poder. En nuestro caso, para Vergara y Vergara, las figuras que debían historiarse son aquellas que participaron en la Independencia y que jamás olvidaron la relación lingüística y religiosa con España.

que se negaba a aceptar una ruptura radical con la llamada Madre Patria, alimentando lo que se ha denominado el canon conservador¹¹.

Uno de los objetivos de este trabajo es sobrepasar la observación de la dinámica del canon dentro de las historias de la literatura colombiana elegidas por el corpus (1867-1944), pero también dar cuenta de los procesos de exclusión e inclusión, basados en las políticas de archivo, legado y memoria. Con la primera publicación *Historia de la literatura de la Nueva Granada: de la Conquista a la Independencia (1538-1810)*, se configuran los cimientos de un canon enraizado en el pensamiento conservador del cual José María Vergara y Vergara se mostraba como defensor.

La novela en Colombia (1908) de Roberto Cortázar (1884-1969), aprendiz dedicado de las enseñanzas de Gómez Restrepo, legitima la existencia e importancia de un género que había sido parcialmente silenciado por publicaciones anteriores. En 1938, Antonio Gómez Restrepo (1869-1947) publica, en cuatro tomos, *Historia de la literatura colombiana*, obra que resulta capital para comprender y describir los procesos de la categoría canónica. Con Baldomero Sanín Cano, quien publica en 1944 *Letras colombianas*, los presupuestos que han sido contantes en las historias anteriores se socavan y adquieren nuevas direcciones¹².

Nos preguntamos entonces si aquel cuerpo legal y sistemático sobre el cual descansan las primeras historias de la literatura pueda denominarse canon, es decir, como una estructura que sobrepasa la construcción temporal y se convierte en un modelo que preexiste a su propia época. De acuerdo con Enric Sullá (1998), el canon, en primera instancia, deriva del vocablo griego *Kanon* que significa norma y medida, y que marcó su inicio en la selección de aquellos libros bíblicos aceptados por la *doxa*.

11 En el caso del canon conservador, este se alimentaba de acuerdo con el carácter moral y ejemplificante de los autores; por ende, está predispuesto a un cambio constante, reafirmando así su condición de modelo. Sin embargo, el canon conservador comparte, de manera análoga con el bíblico, una suerte de proteccionismo en relación con la autoridad moral, ambos, por lo tanto, comparten su naturaleza «conservadurizante». Para Frank Kermode (1998), el aspecto protegido por este canon no son las obras que lo conforman, sino el parámetro moral que lo constituye.

12 Vale la pena aclarar que el corpus seleccionado en esta investigación no cubre el total de las publicaciones sobre historia literaria en el periodo demarcado. En 1924, por ejemplo, aparece *Historia del teatro en Medellín* de Rafael Sanín; en el orden de las historias didácticas encontramos a Jesús María Ruano S. J., con su *Resumen histórico-crítico de la literatura colombiana* (1925). En 1928 aparecen dos obras de naturaleza historiográfica, la primera de Gustavo Otero Muñoz *La literatura colonial y popular en Colombia* y *Los contertulios de la gruta simbólica*, escrita por Luis María Mora. Años más tarde, en 1934, José Joaquín Ortega publica *Historia de la literatura colombiana* y José Ignacio Bustamante, *Historia de la poesía en Popayán*. Un año después, en 1935, también de Gustavo Otero Muñoz ve la luz *Resumen de la historia de la literatura colombiana*. *La literatura colombiana* de Javier Arango Ferrer es editada en 1940. En 1942, Nicolás Bayona Posada publica *Panorama de la literatura colombiana* y Ramón Correa, *Historia de la literatura boyacense*. El trabajo inicial de rastreo y análisis de los materiales fue posible gracias a *Fuentes para el Estudio Historiográfico de la Literatura Colombiana (1867-2007)*. Se trata de la iniciativa de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, en cabeza de la doctora Olga Vallejo Murcia. Es una multimedia que recoge más de mil entradas bibliográficas reseñadas y revisadas. Además de ser una herramienta imprescindible para cualquier investigador interesado en la literatura del país, ofrece un panorama completo de las diferentes posturas y apuestas historiográficas a lo largo del tiempo.

En este sentido, siempre ha estado ligado a lo correcto, lo sancionado y lo autorizado; lo que podría entenderse como valores transitivos. Resultaría más fácil evidenciar al canon como el eco obligado de la *doxa* social y hegemónica, y concentrarnos en describir los cambios que se suscitan desde el corpus que lo conforman; sin embargo, el encuentro de categorías como *doxa* y corpus establece, por demás, una contradicción teórica que debe ser reevaluada¹³.

La historia de la literatura se convierte, desde esta perspectiva, en el escenario donde ambas fuerzas, la de la norma que intenta permanecer (*doxa*) y los cambios, hacen presencia directa. El análisis del canon como escenario de conflicto, entre una concepción que se define como esencialista e inmanentista de la literatura y una propuesta que parte desde la obra misma y su relación con un sujeto creador y con conciencia histórica, parece ser la constante de dicho ejercicio¹⁴.

En virtud de lo anterior, si bien se asume el pensamiento conservador desde el plano político, ontológico y social, no es posible estacionar al canon como un resultado inmediato e inamovible. Como lo han propuesto Mabel Moraña (2004) o Walter Mignolo (1998), no es posible seguir fortaleciendo la idea de un análisis dependiente de la historia general o concebir la literatura como un fenómeno relativista de lo social. Por el contrario, el pensar una cartografía de la historia literaria desde sus permanencias y socavamientos, desde su(s) canon(es), merece especial atención en el proceso de descolonizar las seguridades hegemónicas de total, absoluta e incuestionable dependencia (Mignolo, 1998).

De este modo, el lugar que le damos a la noción de «conservador» tiene que ver con una propuesta de pervivencias que caracterizó, sobre todo, las primeras historias de la literatura, pero, también el papel que jugó esta élite simbólica en la formación de un imaginario cultural de la nación; un ejemplo de ello, es la presencia definitiva del grupo conservador en la escritura y publicación de obras históricas y antológicas. José Luis Romero (1986) evidencia que fueron los conservadores quienes constituyeron una elite que se hizo cargo de la dirección de periódicos y manuales literarios, así como de las

13 Aquí resulta útil revisar la definición que Pierre Bourdieu (1995, p. 85) propone de *doxa*: «[...] el orden del mundo tal cual este sea respetado más aún, que el orden establecido, con sus relaciones de dominación, se perpetúe de manera tan fácil (aparte de ciertos accidentes históricos) y que las más intolerables condiciones de existencia aparezcan como aceptables e incluso naturales». De este modo, entender el canon en tanto *doxa* nos lleva a problematizar los mecanismos de dicha permanencia, sobre todo, dejar en claro aquellos «accidentes históricos» desde los cuales ha tambaleado su permanencia. Ahora, si evidenciamos que el canon es una categoría móvil que se descentra dentro de las prácticas sociales, su encuentro con la idea de corpus teje todo un sistema de contradicciones que lo socavan. Walter Mignolo en su artículo «Entre el canon y el corpus. Alternativas para los estudios literarios en y sobre América Latina» (1994), detecta la necesidad de sustituir este concepto, definido como una estructura simbólica de poder y hegemonía, por el de corpus, que inserta la posibilidad de oposición y resistencia.

14 Ya Carlos Rincón (1978) había propuesto transgredir la idea de una literatura como esfera de representación y poderes simbólicos, mediados por una hegemonía, para insertarla en el escenario de las prácticas sociales que traían consigo una noción de cambios incesantes. Al concebir que la literatura es un cuerpo mutable, con él, por él y desde él, también cambian las formas de valoración. Así mismo, muchos de los grandes relatos, de la confianza absoluta en el arte por el arte o en una crítica culturalista, se han descentrado a medida que pasa el tiempo; en virtud de lo cual y retomando a Rincón, resulta imposible estacionarse en una noción estática de literatura y mucho menos en una sola opción de análisis.

gramáticas, cuya presencia social se evidenció en los planes de estudio que rigieron el siglo XIX y a las primeras tres décadas del XX.

En el momento en que la literatura empieza a ser vista como formadora del criterio de un plan político, comienza a adquirir el estatus de un elemento que, no sólo recibe influencia del movimiento social en general, sino que además tiene una influencia directa sobre el mismo. Desde ese momento, la historia literaria no forma parte de un contexto generalizado, sino que, por el contrario, se convierte en un ente «panhistórico» que presenta y resignifica. Desde su naturaleza panhistórica, la historia de la literatura no considera como únicos núcleos estructurantes al Estado y a la historia política, pues en su espacio, el hombre se ubica como un generador de comportamientos sociales y la literatura; a su vez, se define como dínamo de procesos y acciones colectivas, moldea el gusto, estratifica, moviliza o detiene grupos sociales específicos, lo que considera un objeto que debe ser valorado desde múltiples miradas disciplinares:

La referencia al objeto panhistórico se convierte en un desafío de una panhistoria que extiende su mirada a todas las ciencias sociales, sin pretender constituir una filosofía de la historia. Con un pluriformismo de métodos de aproximación y una visión del tiempo no exclusivamente lineal, estudiando al hombre en sus prácticas, comportamientos y representaciones a través de un discurso que abandona el esoterismo haciendo accesible el harto frecuente árido relato histórico. (Pérez de Parceval, 1985, p. 35)

Desde esta perspectiva, el objeto de estudio de este trabajo se sitúa en la relación lógica que existe entre el Estado y la historia de la literatura, como «argumento de lo social», en el tratamiento de estos elementos devenidos de la historia política, pero sin una dependencia inmanentista que reduzca al objeto literario, a un reflejo tácito del devenir fáctico de la historia. Este es el caso del pensamiento conservador y su transformación en un mecanismo estético y axiológico, determinado en las historias de la literatura.

Así lo demuestra el uso continuado de las unidades temporales de Conquista, Colonia e Independencia, que bien pueden ser vistos como herencia del enfoque conservador canónico. Esta relación no puede concebirse como un vínculo inmediato entre el campo de poder político y el literario, pues se trata de aclarar el funcionamiento de los mecanismos de esta dependencia que, a su vez, devela la de aquellos que sustituyen las permanencias tradicionales, por otras más referidas al sujeto que habita el continente.

En este sentido, los procesos de inclusión/exclusión se constituyen en un elemento primordial de análisis, en tanto determinan aquello que debe ser recordado u olvidado, es decir, definen el aparataje de la memoria que se presenta como instalada de modo natural y que, la misma historia de la literatura convierte en una relación entre el legado y el legatario, entre el padre y el hijo.

De esta manera, las categorías de análisis sobre los intereses de grupos hegemónicos transgreden, desde la concepción del canon como mecanismo de memoria, el plano político y se convierten, como en el caso de la historia de la literatura, en partes de un contexto argumentativo, descriptivo y explicativo

más amplio que, por su parte, no está guiado exclusivamente por el resultado de los acontecimientos estatales, sino que los provoca, analiza y crítica (Kocka, 1989, p. 117). Como lo explica Hugo Achugar (1998), el nacionalismo en América Latina se caracteriza por ser una fundación desde la palabra misma que adquiere una connotación religiosa:

En realidad, el privilegiar la palabra por parte de letrados y sacerdotes en determinados períodos históricos bien puede haber sido un modo de autolegitimación de su función social. La palabra era su oficio y proponerla como el primer fundamento o la fundación de la historia era un modo de reafirmar su poder. (Achugar, 1998, p. 6)

La memoria consensuada percibe la nación como un espacio de negociación entre varios sujetos y nacionalismos, que parten de la idea de un sujeto colectivo que vive y reafirma esta concepción de nación. Ese cuerpo que legisló la memoria no es otro, en el caso colombiano, que el ideario conservador. Vale la pena aclarar que su particularidad se vuelve patente cuando la oponemos al concepto total más amplio de ideología. El escenario original es el de una nación que, a pesar de haber iniciado su proceso de emancipación, continuaba ligada al influjo hispanófilo y católico de la tradición.

Con múltiples altibajos de poder, el grupo conservador que se conformó y unificó luego de 1810, asumió como una de sus principales misiones la educación y formación de ciudadanos que reflejaran los valores ideales, unidos a la Iglesia y a la lengua como baluartes de progreso y civilización moderado. Los conservadores encontraron un refugio seguro en la tradición católica española y vieron en la Iglesia una fortaleza para sus ideas y proyectos. Beatriz González Stephan (2002) define la presencia de la Iglesia como un escenario idóneo en donde se puede situar el punto cero de la identidad nacional y de la tradición que la sustentó, «además de ser rectora de la conciencia social y productora de cultura» (p. 51)¹⁵. La Iglesia formó parte esencial del desarrollo de la vida pública y operó, con un poder autónomo, sobre todos los órdenes de la vida social.

La tradición trae consigo la necesidad de narrar el pasado fundado por España en América, resaltando el vacío que existía en torno al oficio de historiar los acontecimientos sociales, y la creación de una unidad sentimental que reafirmará la presencia hispanófila en la dinámica independentista. Por esta razón, el

15 Un ejemplo de la influencia que la Iglesia católica tuvo sobre las decisiones políticas de Colombia fue la lectura generalizada, en cabeza de Miguel Antonio Caro, de las encíclicas de Pío IX, *Quanta Cura* y *el Syllabus* (1864), a través de las cuales quisieron hacer frente a la influencia del liberalismo francés. De acuerdo con José Luis Romero, estos conservadores se denominaron ultramontanos y se oponían a aquellos se caracterizaban por la aceptación de «ciertos principios del liberalismo, condicionada por una tendencia a moderar lo que consideraba sus excesos y, sobre todo, por la convicción de que sólo podrían ser traducidos en hechos políticos o institucionales de una manera lenta y progresiva. De esta manera, la línea que podría llamarse del conservadurismo liberal entró en colisión con el pensamiento constitutivamente conservador, con el ultramontano y también con el liberal, lo cual lo obligó a defender su posición en varios frentes. En ambos casos, el pensamiento conservador se mostró contradictorio. En el primero porque pretendía ser restaurador y no defensor de la situación real en el estado en que se hallaba, y en el segundo, porque admitió el principio de cambio; y esta vez se aproximó al ala conservadora del liberalismo, que realizó un proceso inverso» (Romero, 2001, p. 134).

letrado conservador José María Vergara y Vergara (*La Historia de la Literatura de la Nueva Granada*), la elige como derrotero y guía de los subsiguientes proyectos historiográficos de la nación colombiana. La conjuración del pasado en esta obra es de naturaleza teológica, pues la presencia activa de quienes edificaron la república se presenta como *Cristo en la eucaristía*, en otras palabras, significa el regreso al Edén. El año de inicio elegido por Vergara, 1538, reafirma los lazos fuertes y eternos que como pueblo nos unirían con España, en cuanto núcleo del pensamiento conservador: «En 1538, España logra la unidad nacional con la conquista de Andalucía y por ser una nación completa, nacieron grandes de las letras» (Vergara, 1867, p. 84).

El proyecto de Vergara coincide de forma fidedigna con el proyecto de nación conservadora y presenta una idea de literatura como «un espejo en donde se refleja por entero la vida» (Vergara, 1867, p. 31). Con estas palabras, el historiador colombiano pretende insertar la producción literaria dentro de la reafirmación de un pasado que solventaría, suficientemente, la tradición nacional. La obra de Vergara crea una relación intertextual entre el subtexto histórico e ideológico y el texto literario, fundando un sistema de procesos canónicos que perdurarían por largo tiempo; la relación entre sistema axiológico conservador, sustentado en momentos históricos concretos como la Colonia y la Independencia, reafirman no solo una idea de nación, sino un cuerpo escrito que legislaría su formación.

La interrelación de lo acontecido y lo fijado por la escritura, produce un sistema de directrices que genera el modo ideal de leer, en el cual se enmarca al letrado colombiano decimonónico que transita entre la academia y la silla presidencial; pero, especialmente, encarna la consigna del «buen pensar» y «el buen hablar»¹⁶. De este modo, se revela una fundación nacional por medio de la palabra y de un proyecto que asumió como derrotero principal, el escenario simbólico de las letras, convirtiéndolo en un terreno de lucha del poder político, reflejado en la pertenencia de la memoria y en las «tendencias a agruparse o disgregarse, a adoptar puntos de vista comunes e, incluso, uniformes líricos y de lenguaje crítico, a menudo equivalen a estrategias de lucha por eliminar voces contrarias en el campo poético e imponer las propias» (Jiménez, 2002, p. 12).

Por tanto, el canon literario y las dinámicas que lo rodeaban se transformaron en un espacio de lucha y regulación de la hegemonía. La publicación de manuales y gramáticas que normativizaban la lengua, resultó análoga a los actos legislativos que rigieron los primeros años de la vida republicana. Los conservadores dedicaron gran parte de su vida académica, a la promulgación de un correcto uso de la lengua, a través del cual reafirmaron la presencia transversal y constante del carácter divino de la norma¹⁷.

16 La simultaneidad de la escritura de manuales y el desempeño de cargos públicos es rastreable en las biografías de Manuel María Mallarino, Santiago Pérez, Rafael Núñez, Carlos Holguín, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, José Vicente Concha, Marco Fidel Suárez, Miguel Abadía Méndez, Alberto Lleras y Darío Echandía. El mismo José María Vergara y Vergara, fundador de la Academia de la Lengua en 1872, desempeñó cargos públicos como la Secretaría de Hacienda y luego de Gobierno en 1854 y 1855 en Popayán. Legislador provincial y jefe político. Congresista en 1858 y 1859; legislador del Estado de Cundinamarca en 1859 y luego Secretario de Gobierno en el mismo año.

17 El ejemplo más claro de esta preocupación lo constituye Miguel Antonio Caro. La actividad lingüística de Caro se inició en la década de 1860 y se prolongó hasta 1890. La producción del colombiano, en relación con el estudio de

Como lo explica Russell Kirk (1986), esta preocupación por la normatividad de la lengua, no solo evidencia un concepto de razón en donde el hombre no puede ni debe autogobernarse, sino que se compromete a conducir sus pasos hacia la presencia de un padre protector, camino directo al conocimiento. En este sentido, la creencia de que existe un designio divino que rige la sociedad y la conciencia humana, construye una cadena de derechos y deberes que liga a grandes y humildes, vivos y muertos. Por esta razón, los problemas políticos son en el fondo problemas religiosos y morales que deben adherirse a un orden preexistente, sin un modo de ser cuestionado:

Una comunidad política, a su vez, supone al menos ciertas instituciones comunes y la existencia de un solo código de derechos y deberes para todos los miembros de la comunidad. También supone un espacio social definido, un territorio suficientemente bien delimitado y demarcado, con el que se identifican sus miembros y al que se sienten que pertenecen. (Smith, 1997, p. 8)

En consecuencia, las relaciones entre escritura/historia, entre lengua/pensamiento, entre razón/fe, enmarcan y definen el proyecto de identidad nacional propuesto por los conservadores. Pero la estabilidad de dicho proyecto, aleatorio al de una identidad única y homogénea, subvierte la importancia del subtexto mismo –la historia– y la hace dependiente de la escritura. Las articulaciones intertextuales alteran jerarquías tradicionales entre literatura e historia, que a pesar de resultar ficticia, puede ser maleable de acuerdo con las intenciones del grupo dominante. Es así como las historias de la literatura constituyen un espacio idóneo para representar estas relaciones y construir un ritual fundacional, al que se pudiera volver cuando fuese necesario. Esta tradición se define como la posibilidad más clara de una memoria monumentalizada y construida, a través de un archivo que jamás debe ser desordenado. De esta manera, la independencia de España es la parte de ese archivo que debería estar en consonancia con los mandatos del padre, ya que no implica una ruptura radical y absoluta con el pasado cifrado en la lengua, la religión, la civilización material, por el contrario, la literatura sería la continuadora del legado ibérico: En vez de declararnos hijos, herederos e imitadores de Lope, Rioja y Calderón hemos ido a buscar padres en Lamartine y Víctor Hugo, tradiciones de la literatura de la enciclopedia, modelos

la lengua, comenzó con su obra *Rebusco gramatical* (1860); este libro que no se publicó en su tiempo, salió a la luz gracias al Instituto Caro y Cuervo bajo la supervisión de Carlos Valderrama Andrade en 1980. La primera publicación de un artículo de Caro que hiciera referencia al uso de la lengua fue *Plural de los apellidos*, el 11 de noviembre de 1864 en la revista católica *La Caridad*, en réplica a una discusión sostenida con Manuel María Mallarino. En 1870 su obra *Tratado del participio* expone la teoría de comparación entre el latín y el castellano. Con motivo de la fundación de la Real Academia de la Lengua en 1872, publica en el *Anuario Colombiano* (1874) su discurso «Fundación de la Real Academia», donde enuncia que la lengua es un elemento identificador de una nación. En julio de 1878, hace referencia a la unión entre lengua y literatura, visión que está influida por Schlegel y la cual enuncia en su texto *Americanismo en el lenguaje*. Con la publicación en 1881 de su discurso *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*, pronunciado en la junta inaugural de la Real Academia, Caro evidencia la función de la lengua como lazo irrompible con España. A partir de este periodo, radicaliza su posición hispanófila y contribuye con la edición anotada de la *Ortografía y métrica* de Andrés Bello en 1882. Finalmente, cierra este periodo con la nota publicada el 15 de marzo de 1890, en la revista *Colombia Ilustrada* de Bogotá, donde hacía referencia a trabajos de reciente aparición: *Los Provincialismos* de García Icazbalceta, las *Voces nuevas de la lengua castellana* de Baldomero Rivodó. Sus estudios sobre el latín se orientan más a su posición filológica, de modo que adoptó esta lengua como suya porque le permitía expresar mejor sus sentimientos, creencias e ideas políticas.

en los novelistas franceses. La literatura granadina no es nacional ni propia, sino española [...] por más que nos refugiemos en la tarea ingrata de traducir a los innovadores franceses: que mientras más grandes sean ellos, más pequeños apareceremos los que renegamos de nuestro origen para mendigar otra paternidad que la de Cervantes y Quintana. (Vergara, 1867, p. 197)

La adhesión a otras influencias que no fueran españolas resultaba para el historiador un paso nefasto en la construcción de una tradición. Incluso, la aparición de escritores como Góngora que enrarecían la expresión, era condenable dentro de la fundación de este canon. De tal modo, la escritura neoclásica transparentaba el concepto ideal de lo bello que promulgó el pensamiento conservador. La Ilustración le imprimió un nuevo sentido a los conceptos de belleza, lenguaje y razón. Consecuencia de ello, en España los sacerdotes jesuitas se interesaron frontalmente en la nueva concepción de lo bello. La belleza ya no era un gran misterio oscuro y denso que reflejaba un orden superior, microcósmico, como lo fue en la escolástica, sino que como todas las cosas del mundo, obedecía a un orden racional: lo bello empezaba a verse como algo susceptible de ser racionalizado y develado por medio del análisis.

Conservadores como Vergara o Miguel Antonio Caro estaban convencidos de que aquello que podía ser comprendido por el entendimiento, como la naturaleza, era racionalizado y legislado por la razón, presentando sus leyes. De este modo, asumen la normatividad de la forma de escritura del Neoclásico, cuya taxonomía se prefigura por la transformación del concepto de lo bello, así como la función de la escritura en el ámbito epistemológico, que responsabilizaba al lenguaje y a la palabra de representar el pensamiento y de ordenar el mundo y la experiencia¹⁸.

Las normas deben reflejarse en una tradición capaz de convertirse en legado, de formar un cuerpo didáctico para que bebiera el proyecto conservador. La influencia del movimiento tradicionalista tuvo preponderancia en la idea expresada por Luis Antonio Verney en el siglo XIX, representante del tradicionalismo gnoseológico, para quien el don divino más importante que el hombre poseía era la lengua, puesto que las ideas universales no se obtenían por la abstracción, sino por la tradición de los mayores, a través del lenguaje.

18 En este sentido, la concepción de la obra de arte se basaba en la astucia y el talento con que el artista lograba disponer las cosas o las palabras, consiguiendo una armonía de las partes en relación con el todo de la misma obra. El artista ya no era un médium como ocurría en el manierismo. Su virtud radicaba ahora en la capacidad de representar las cosas aproximándose a su pureza ideal y de saber componer, de acuerdo con la regla y proporción que demandaba la belleza, un orden placentero. Toda la construcción literaria debía estar al servicio de las letras como instrumento axiológico y pedagógico, escenario que estructuraba a un individuo capaz de comprender lo bello referido a Dios, a su orden establecido, es decir, la poesía como puente entre lo divino y lo terreno expresaba el sentimiento humano; una belleza radicada en un orden racional. Es de este modo como la regla y la proporción eran algo establecido que podía ser aprendido y aplicado sin más infinitamente (manuales literarios situados en la preceptiva y gramáticas). En la contemplación de la obra de Dios, en la naturaleza, se destacaba la variedad de combinaciones que parecían agradar sin ajustarse a las reglas que el entendimiento del hombre había construido para determinar la belleza. Mucha de esa belleza y ese orden racional venía de Dios y de la aceptación de sus normas.

Tanto en España como en la Nueva Granada, el movimiento tradicionalista fue tomando forma en la ideología conservadora. Con el transcurrir del tiempo se constituyeron en ideas claves de esta corriente: la conciencia histórica, la antisuperstición, la evolución y la asimilación del pasado en el presente, la cultura y la civilización. Todas ellas perfilaron un conservador granadino relativamente seguro de sí, con ideas claras y que se esforzaba por ser parte del progreso intelectual de su patria. Sin embargo, la fuerza civilizadora más enérgica y legítimamente reconocida para ello es el catolicismo representado en la Iglesia.

En cierta medida, las ideas conservadoras parecían estar sembradas en un suelo firme, las corrientes francesas como el sensualismo o inglesas como el utilitarismo se convirtieron en el mayor temor de estos pensadores. En consecuencia, la lengua y, por ende, todo lo que se produce desde ella, no es solo transmisora de conocimiento entre los mayores y la nueva generación, sino centro de una visión de la historia como manifestación cultural acabada y certera. Al convertir la literatura en un fenómeno susceptible de la historización, se marcaba el inicio de una sistematización y codificación de la tradición en relatos capaces de ser transmitidos a las futuras generaciones, cuyo objetivo fue moldear la conducta moral de sus receptores, a través del relato transmisor de valores aceptados.

Si bien la Historia es interpretación, la exposición de la misma también lo es. Sin embargo, en el caso de las primeras obras de esta naturaleza, el otro, como *interpretante*, no aparece en el lugar que le corresponde. Es así como el organismo que estructura una historia de la literatura, se transforma en un escenario desde el cual se legisla la cultura como parcela de una memoria familiar, donde además, deben ganarse los derechos de herencia. Este enunciado es afín a lo que Walter Mignolo propone como lugar de disrupción, es decir, el padre llegará con el fuego de la tradición, análogo al del conocimiento absoluto, sobre una población a la que dicha tradición resulta parcialmente ajena. A partir de estos escenarios, se construye una política de la memoria que instrumentaliza la idea de canon y lo direcciona hacia la construcción de una nación tradicional, cuyo sujeto de enunciación se convierte en productor del discurso histórico¹⁹.

Si entendemos que la visión de discurso histórico de los conservadores se basaba en la idea de una narración cifrada sobre los monumentos ejemplificantes, el canon cumple la función de sembrar en la memoria concertada aquellas figuras que representaban fielmente el ideario en cuestión. Desde esta perspectiva, entroncamos los planteamientos referentes a que la narración y su estructura, dan a luz un relato para fortalecer e incluso sustituir a otras narrativas educadoras de lo moral. No obstante, se hace claro que el relato histórico que encontramos en las historias de la literatura, sigue dependiendo de una poética *de lo moral*, cifrada en la relación entre estética y ética, desde donde la noción de canon se constituye en el problema moral de la historia. Sobre este punto, Hayden White concluye que,

19 Este «hombre histórico» es análogo al «ciudadano ideal» propuesto por los conservadores y que se relaciona con aquel individuo capaz de encontrar la belleza, a través del conocimiento y las normas divinas. Aunque parezca contradictorio, este individuo está más cerca al ciudadano de la polis que agencia su destino –al que concibe, producto de un experiencia ciudadana y más o menos democrática prolongada, como producto de sus actos y no (o no solo) de los designios del cielo–, que al hombre prefilosófico que busca como única fuente de respuestas la oscuridad de lo divino.

Aunque fuera de las historias de la literatura y las artes lo canónico no suele aparecer; y aunque parece superado por la modernidad que exalta la originalidad frente a las normas clásicas, ello no implica que haya desaparecido de esa forma de decir que es el historiar. (1992, p. 105)

Siguiendo a White, el canon se convierte en un modo de historiar, por ende, de interpretar y presentar un sistema social e ideológico. En consecuencia, no puede ser visto solamente como una *tabula rasa* que mide valores estéticos, sino que debe ser extrapolado al término de lo ético. Para los conservadores, el corpus que estructura al canon es una geografía, un mapeo de los valores respaldado por una ética que lo sustenta, es decir, el canon es una forma que valida modos de actuación dentro del marco social, en donde lo estético debe ajustarse éticamente a lo que resulta aceptable: lo ético es bello, lo bello es ético. Este binomio de belleza y ética configura una fisiología de la moral y un modelo de conocimiento organizado por la historia, por una memoria legislada que construye un todo discursivo desde el cual se establece el orden y la jerarquía hegemónica:

Un tema, un personaje, un hecho, es pasado en el canon de la historia (de su poética) quien determina su forma e importancia social en relación con el resto de los aspectos de la cultura, lo valora y, como en la mercancía, bien puede sacarlo o posicionarlo en el mercado, en la cultura, en la sociedad. (Kermode, 1998, p. 85)

Es clara entonces la relación entre la conformación de un canon y la presencia de la norma sagrada como mecanismo de selección, inclusión y permanencia. Los «Sagrados Cánones», por ejemplo, pueden ser útiles para ilustrar esta dependencia, ya que al igual que la idea conservadora, remiten a normas cuyo seguimiento ajusta la vida, la hace justa, a la ley divina. Estos, en efecto, son la manifestación de una determinada ética codificada en un texto legal. Es así como esta idea ha perdurado más allá de su naturaleza sagrada o profana. Al ser aceptados bajo estas características, los cánones moldean un tipo de actuar, según parámetros de lo que es permitido, bueno, y lo que no, malo.

En consecuencia, resulta imposible analizar el canon desde una perspectiva puramente estética, cuando la norma establecida en las primeras publicaciones de tono histórico o antológico de la literatura colombiana ha cifrado, como propuesta inalienable, esta unión. Lo encontramos en las historias de corte nacional, cuyo objetivo es centrar la atención en el proyecto de identidad nacional, o en las liras, antologías y parnasos que se convertían en construcciones y guías del gusto y del lector ético-estético ideal. Las didácticas también entran en esta matriz, pues desde la idea de preceptiva literaria, enseñaban a leer y escribir de forma conveniente, porque siempre crear algo antiestético es antiético, al menos en la lógica del clasicismo.

Por un lado, el siglo XIX había signado sobre la literatura la misión de respaldar y expresar la fundación de una serie de repúblicas cobijadas bajo la idea de una independencia política de España; sin embargo, el sentimiento de orfandad promulgado por el pensamiento conservador trajo consigo una necesidad extrema por constituir una tradición que fuese aceptada por el resto del mundo. El sustrato indígena desconocido por los historiadores no era suficiente para cimentar dicho principio; las letras españolas,

reflejadas en las figuras épicas de algunos conquistadores-escritores, fueron el motivo perfecto para marcar el inicio de un corpus letrado que respondiera a las exigencias de un idilio perenne con España. Por el otro, las influencias de filósofos ibéricos como Jaime Balmes o Jovellanos sobre el primer historiador de la literatura, por ejemplo, van más allá de una simple y evidente dependencia²⁰.

Vergara funda un sentimiento temporal devenido del sustrato epocal, base de un canon que propone una serie de políticas de inclusión/exclusión, el cual rechaza todo aquello opuesto al soporte de un tiempo dependiente y de un sistema axiológico religioso y conservador. De este modo, la selección de una serie de obras constituye una política de memoria de aquello que debe ser olvidado y recordado, basado, claro está, en una serie de rituales de identidad.

La construcción de una memoria colectiva y resultante de un poder simbólico y político debe leerse como una concepción epocal de la literatura nacional; una historización de aquello que parecía disperso. No hay, pues, ningún subjetivismo, ni mucho menos un idealismo en el sentido de una sucesión de doctrinas sin arraigo histórico o, mejor aún, sin arraigo en una tradición compartida por todos en una idea de nación. Por tanto, el canon comienza a evidenciarse como un ordenamiento jurídico y social de la memoria que debe proteger, ante todo, el ideal de un *continuum* histórico.

En este orden de ideas, la nacionalización de un pasado colonial es muestra de un ritual de poder hegemónico, la fundación de un legado que debía ser constante y estático frente al devenir del tiempo. La memoria se convierte en un resultado de la presencia de una civilización que llegó en los barcos y cuya dominación en el campo político y económico se sostiene en la autoridad de tipo simbólico, a través de la cual se legitiman solo las expresiones de los dominadores o aquellas que devengan de su influencia. Todo lo que no pertenece a su terreno carece de lugar de representación; la memoria es un monumento que tiene la capacidad de conservar determinadas informaciones y que convierte a las obras y escritores en *huellas mnésicas*, garantes de la continuidad de la tradición enunciada (Le Goff, 1991). La función del historiador, entonces, debe limitarse a la recolección de los monumentos que develarán el archivo mismo, que ya trae implícito el modo cómo debe ordenarse.

20 La influencia del tradicionalismo en la propuesta de José María Vergara y Vergara se hace evidente, sobre todo, en su lectura de L. de Bonald y de Jovellanos. La tradición marca la continuidad entre el hombre y la divinidad que debe reflejarse en todas las instancias de la vida, incluyendo la literatura, la cual garantizaría la pervivencia del carácter divino de la norma, a través del buen hablar y del buen pensar, estableciendo una relación teológica con la expresión. Así mismo, la historia deberá reflejar continuidades y no basarse sobre rupturas que pongan en peligro la permanencia de las ideas que originan la tradición; toda relación, todo vínculo, toda descripción, debe cimentarse en la certeza de aquello perenne como la verdad revelada por la Providencia. Para Vergara, la llegada de los españoles junto con su lengua y religión constituye la Gran Verdad, que no puede cambiar ni siquiera cuando se socava; por esta razón, hasta la Independencia se convierte en un resultado del papel civilizador de la Iglesia y la educación religiosa. Ahora, dichas corrientes se oponían frontalmente a los aires ingleses y franceses como el sensualismo y el utilitarismo. En varias oportunidades, Vergara se enfrenta a estas doctrinas que expresan la supremacía del Hombre sobre la idea de una divinidad regente. Esta discusión se convirtió, claramente, en una pugna partidista e ideológica que se encuentra, por ejemplo, en la obra de Miguel Antonio Caro, *Estudio sobre el Utilitarismo* (1869).

Aquel legado instalado por Vergara se convierte en el escenario en donde la memoria establece sus lazos de familia, sus derechos de herencia y la relación entre el padre, el hijo y los hermanos menores, tal y como lo haría Antonio Gómez Restrepo. Precisamente, uno de esos hermanos menores, Roberto Cortázar, alumno juicioso de Gómez Restrepo, publica en 1908, *La novela en Colombia*; una obra donde los mecanismos de dependencia cambian y se convierten en una relación más pragmática entre las letras y el contexto nacional. Cortázar es el primero que independiza los periodos literarios de los políticos e históricos, aunque la novela, género moderno, no permitía dicha subordinación. Sin embargo, el escritor sigue estando en función de su misión y no de su subjetividad. Ahora bien, un gobierno que, aunque conservador proponía el progreso material como solución a problemas sociales mucho más profundos, encontraba en la novela la categoría de un tiempo-ahora, del presente pensando en el futuro.

La promesa moderna entraba con toda su fuerza en el terreno de la historia literaria. La novela permitía la entronización de diversos relatos basados en la idea del desarrollo y el bienestar, levantando el «prometido reino sublimado de progreso»²¹. El legado ya no se promete, no se protege, sino que se pone en acción al vivir en el tiempo presente; el escritor se convierte en mecenas de dicha herencia, construye su memoria desde un nuevo lugar en el escenario de enunciación; ya no está fuera del archivo cuidándolo de los avatares del progreso, sino que está presente sirviendo como testigo de aquello que narra, arte y parte de lo que recuerda. De este modo, se comienza a pensar en una memoria como transcurso constante de la acción humana, un grupo de novelas que, como documentos, deben ir al mismo ritmo de los aires de aceleración.

El intento por crear un espacio fundacional de la cultura (Le Goff, 1991), ya sea desde la imagen de la conquista o del espíritu letrado heredado de Jiménez de Quesada, se transfigura en una praxis de los valores adquiridos y su puesta en escena, a través de un «tiempo de lo cotidiano» que amplía el escenario para nuevos actores (Certeau, 1996). Sin embargo, las letras continúan refiriéndose como instrumentos útiles para el avance de la nación y se mantienen como un cuerpo compacto que, si bien ha dejado que otros órganos funcionen, sigue trazando el camino que la literatura debe llevar a cabo. La idea de una historia de la literatura nacional es mediada por un relato colectivo, esta vez, de progreso.

Si bien Cortázar no hace mayores referencias al primer historiador de la literatura y a su función de organizar un archivo perdido, el papel de «ordenador» es criticado por Gómez Restrepo, en 1938, al situarlo como un librero con gran valor que no trascendió el papel de bibliófilo. Sin embargo, la

21 Lo que veremos en Sanín Cano es una potencialización de dicha promesa desde una conciencia de la razón como constructora de la historia y una radicalización de la subjetividad (Hegel). En Cortázar encontramos una preocupación por la modernidad material, por la promesa de futuro que supera la misma reflexión del presente; en su obra se siguen expresando las modulaciones contradictorias y retardatarias de la modernidad: la desigualdad de la praxis social, por ejemplo, que evidencia a un pueblo ficcionalizado en la escritura de la literatura costumbrista que se sigue cosificando, ya sea como voz de protesta, protegiendo a la élite simbólica del desprecio social, o de su papel en la construcción de país que «camina» hacia el progreso.

importancia de Vergara radica en haber puesto sobre el tapete la necesidad de historiar la tradición; una propuesta que dio pie para apuestas nuevas sobre el papel de la literatura en nuestro país.

La Historia de la literatura colombiana (1938) de Antonio Gómez Restrepo es muestra de la evolución en esta reflexión. El canon, en cuanto dispositivo y legalidad de la memoria, no puede considerarse solamente como un escenario preestablecido y que no acomete cambios; inaugura, más bien, la posibilidad de evidenciar una suerte evolución de aquel legado configurado por Vergara. En este sentido, la misión que asume Gómez Restrepo es la de revisar y describir el legado propuesto por Vergara y Vergara.

Por esta razón, Gómez Restrepo deberá hacerse acreedor a la herencia, a ganarse el lugar de arconte del archivo y darle una morada segura (Derrida, 1997). Los mecanismos de dependencia, a pesar de que las influencias que acometen a Gómez Restrepo ya no son españolas, siguen permaneciendo en el lazo irrompible con la Península Ibérica; el maestro, el dueño de la herencia que pasara el fuego sagrado a su heredero, no es otro que Marcelino Menéndez y Pelayo²².

La llegada de Sanín Cano pone de manifiesto una descentralización del legado y de lo que se hereda, de la naturaleza del archivo y de los arcontes. Es así como el historiador debe ser ante todo crítico, pues para Sanín Cano no existe una diferencia entre estos dos oficios; su labor se convierte en eje sustantivo de la facultad moderna; el crítico le confiere al oficio de historiar un profundo sentido racional que no se limita a un mecanismo de dependencia entre campos. En consecuencia, el binomio de crítico e historiador conforma un sujeto que opera, tanto desde el propósito libertador respecto a su pasado histórico –la tradición hispanófila decantada en la necesidad de construir una literatura nacional– como desde la apertura de un nuevo horizonte, hermenéutico y simbólico.

El motor de este individuo no es otro que su experiencia y su subjetividad, terreno que ya había sido preparado por Cortázar al proponer un escritor como parte del presente y no de un pasado monumentalizado. Las políticas de inclusión que conforman este dispositivo de memoria reflejado en la historia de la literatura, se presentan programáticamente, insistiendo en el futuro como elemento de producción social de sentido.

22 Las influencias de Gómez Restrepo –como lo describimos en el tercer capítulo del presente trabajo– no se cifran exclusivamente en las figuras de pensadores españoles, George Ticknor y Johann Gottfried Herder entran en escena. El primero, impregnado de la metodología positivista, aclara que solo es posible dar cuenta de la dinámica de una literatura desde la concepción del documento, es decir, el texto en relación con su época y el sujeto como producto de esta. Herder, de raigambre romántica, establece que el espíritu del pueblo debía reflejarse en las letras y la época, constituir los derroteros para que el genio nacional viera la luz a través de la historia. Este planteamiento marcó radicalmente a Gómez Restrepo, quien manifiesta una línea de evolución del legado mediante la conformación de dicho genio que va de imitador obediente a escritor público y novelista. La historia de las letras debería «narrar» dicho periplo y convertirlo en la guía de ruta de las letras futuras; es así como nos situamos frente a una memoria «sistematizada» como la llama Dominick LaCapra (2006) en la que es más importante referir los dispositivos de permanencia y continuidad, que aquellos que pueden ponerla en peligro.

En consecuencia, hemos visto que no es posible hablar de una historia de la literatura como quien revisa una estatua con perfiles diferentes, según la luz que la ilumine, sino que estamos frente a una idea de aquello que debe ser recordado y transmitido, y que se transforma, de manera viva, en una construcción de la memoria cifrada en el sujeto que puede evidenciarse, si se quiere, en una historia de las dominaciones –pervivencia del canon–, o en un análisis de los procedimientos de poder que varían de acuerdo con las necesidades epocales y sociales –movimiento pendular del canon–. En este sentido, y como lo ha propuesto Foucault (2009), la dinámica de los procedimientos y mecanismos de dependencia puede evidenciar sus cambios, rupturas y emergencias, a través de los objetos epistemológicos, como las historias de la literatura, por ejemplo.

Por esta razón, se hace necesario para los historiadores y sus obras, se convierte en una ruta basada en los focos de experiencia que se evidencian en los modos como se construyen, se centran y territorializan, para luego exponer las maneras como se deconstruyen, se descentran y se desterritorializan. Aquella primera voz que toma el poder como un enunciado indiscutible y defiende su misión como la búsqueda del origen único, se transforma en la de un arqueólogo capaz de verificar que sus hallazgos se transmitan a lo largo del tiempo y conformen un sujeto digno de encarnar el progreso. El historiador que perfila al genealogista abandona la seguridad de un relato uniforme y promete, con confianza ciega en la modernidad, una historia del sujeto creativo e histórico que intenta superar al hombre como objeto de conocimiento²³. De esta forma, el genealogista concibe Portadora de la palabra veraz, de la *parrhesía*, la literatura quita sus vestiduras ejemplificantes y didácticas, para ser un producto de la fuerza de la conciencia y el espíritu del hombre²⁴.

Sin embargo, he aquí un dilema que nos acomete a todos: si bien la apuesta de Sanín Cano no es la misma de Vergara, Gómez Restrepo o Cortázar, él sigue estableciendo políticas de exclusión, conscientes y aceptadas, pero que dejan por fuera aquel otro que no es recibido ni visto por la modernidad; no hay alusión al sustrato indígena, solo dos mujeres entran en su obra, Sor Josefa del Castillo y Agripina Montes del Valle. En esta medida, la literatura sigue siendo un producto de hombres blancos y ciudadanos que, aunque establecen posturas críticas con aquello que había resultado sagrado, continúan presentándose como los actores principales de su época y su momento.

23 Ya Foucault había explicado en su obra *Las Palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (2007) que una de las muestras más visibles de la irrupción moderna iniciada a finales del siglo XIX, es la concepción del lenguaje como una organización autónoma y, del sujeto que lo produce, como un observador crítico de la relación entre el dispositivo discursivo y el social. El tránsito ontológico e inmediato del verbo ser asegurado entre el buen pensar y el buen hablar se rompe y, con ello, el carácter nominalista que exigía el orden clásico del conocimiento, el carácter divino de la norma.

24 Para Foucault (1996), la *parrhesía* se constituye como la palabra veraz (una práctica de dirección de conciencia) y aclara el deber de aquel hombre que está *a cargo de algo*, de orientar a los otros en un esfuerzo de constituir una *relación adecuada consigo mismo*. Ahora, para Sanín Cano el historiar de las letras colombianas no se limita a evidenciar una transmisión o a reafirmar unos lazos familiares de la memoria y su legado, sino a construir una historia de aquella conciencia territorial, subjetiva e histórica.

Pese a lo anterior, el recorrido no solo evidencia y analiza el periplo de un canon que cambia, de una historia a otra, sino la función con la que ha iniciado su categorización. También devela la construcción de un intelectual que renuncia a su postura de legatario y arconte, cuya misión ha sido conferida y vigilada por su padre, para convertirse en un crítico que encuentra en la historización de su objeto, la posibilidad de proponer y transformar la concepción hegemónica.

Esta cartografía de la historia literaria, esta ruta de un canon como dispositivo de memoria, nos arroja a un sinnúmero de posibilidades desde aquellos espacios en blanco, desde la lectura de contrapelo que propuso Ángel Rama y que fue retomada por Mabel Moraña. Al pensar en una historia descentrada de sus certezas iniciales, resulta necesario evitar la idea de una literatura que se acumula y periodiza como instrumento inerte y seguir la ruta trazada por Sanín Cano, completando sus pliegues. Ofrecer toda la fuerza subjetiva que contienen las letras, todas las lecturas y producciones de sentido, todos los tiempos ahora y asumir el desorden de un archivo que espera ser transgredido, acercarnos a una(s) memoria(s) múltiple(s) y genealógicas que nutren y estructuran la voluntad humana.

Capítulo I

Historia de la literatura de la Nueva Granada: cimientos del canon

LA GÉNESIS DE UN MODELO: EL NACIONALISMO CATÓLICO

A mediados del siglo XV, en la Península Ibérica no quedaban más que cuatro reinos cristianos: Portugal, Castilla, Aragón y Navarra. Los cuatro se consideraban originales, distintos, pero hermanos: todos eran españoles. A pesar de las diferencias políticas, existía una solidaridad indudable que se basaba en la idea de reconstituir la unidad política perdida. Sin embargo, ya era tarde para una unión que no fuera dinástica, y esta solo podía hacerse desde Castilla, debido a su posición central, ya fuera desde la alianza con Portugal o con Aragón.

Los enlaces matrimoniales estaban destinados a recuperar la unidad peninsular y la boda de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, en 1469, puso los cimientos de ese proceso. Por otra parte, esta unión dinástica condujo a España a una toma de posición en relación con la conciencia nacional; esta última se fundamenta, casi en totalidad, en la consigna del católico en contra del moro. Por lo tanto, el primer atisbo de identidad nacional se orienta hacia la conciencia de no ser moros, de rechazar el islam con filiación en la cristiandad occidental.

La unión entre coronas con una independencia económica marcada presentó otro elemento fundamental dentro de la conformación de una nación sólida: la lengua. Desde el punto de vista literario, en el Siglo de Oro, el castellano representó la lengua de la cultura, incluso para los portugueses. Desde 1580 en adelante, muchos cancioneros y romanceros se publicaron en la región de Valencia en castellano. Lo mismo se puede decir de Cataluña; el catalán seguía siendo la lengua de la administración, pero la lengua cultural, la que hablaban los letrados, era el castellano. Por otra parte, el territorio

que se fortalecía contó con la presencia de múltiples culturas, que con el tiempo y con el arraigo de los preceptos conferidos por los Reyes Católicos, fueron vistos como extraños y foráneos que amenazaban la homogeneidad del proyecto ibérico de nación.

De esta forma, se planteó la creación de una conciencia nacional, a partir de unas coincidencias de tipo cultural, principalmente la lengua, la defensa de la cristiandad y, finalmente, la consolidación de una imagen hacia el exterior. El principal objetivo de la unión entre estas dos dinastías consistió en la expulsión de los moros, reafirmando aún más la unión íntima con el catolicismo¹. Una muestra de la relación dependiente de los reyes con la Iglesia fue la Inquisición, que marcó el ejercicio de fiscalizar cualquier movimiento que contradijera la filosofía y normatividad de la religión. De esta forma, la idea de nación estaba ligada al ser católico y, desde allí, configuraba al defensor de las raíces que se creían totalmente españolas.

La imagen de España fuera de su territorio se consolidó con su presencia en el Nuevo Mundo. En este sentido, la religión vuelve a constituirse en un elemento vital de conquista y reafirmación nacionalista; la Iglesia no solo se proyectó como un estandarte de civilización –al que nos referiremos más adelante–, sino como un mecanismo de dominación ineludible.

Muestra de ello es el enfrentamiento entre españoles e indígenas, basado en la imposición de un sistema religioso, devino, a su vez, en la fuerte jerarquización social e histórica entre opresores y oprimidos; por ende, la religión también fue el bastión sobre el cual se generarían sistemas de aprehensión de los modelos españoles que encontrarían su mayor desarrollo en el siglo XIX.

En este sentido, la llegada del ideario de la Ilustración ibérica a América, a través de la imagen de Benito Jerónimo Feijoo y Gaspar Melchor de Jovellanos, motivó una lenta toma de conciencia de su situación colonial, sobre todo en la dimensión económica. Las aspiraciones de reforma de los iberoamericanos se hacen patentes en el entusiasmo con que critican la realidad colonial, a la luz de las nuevas ideas económicas y sociales circulantes en Europa:

A este fenómeno contribuyó muy especialmente, en las colonias hispánicas, el auge de la literatura económica española, sobre todo a partir de la circulación del famoso informe de Campillo [Nuevo sistema de gobierno económico para la América, Madrid, 1789]. Posteriormente, la obra de los ministros borbónicos, Aranda, Campomanes, Jovellanos, Floridablanca, se convirtió en autorizado estímulo a la literatura económica colonial. (Chiaramonte, 2004, p. 22)

1 Eventualmente, los reinos cristianos en el norte de España empezaron una larga batalla para recuperar de los moros el país. A este período, desde el año 718 al 1491, se le conoce como la Reconquista. Los dos reinos más poderosos al norte de España eran Castilla y Aragón. Cuando la Reina Isabel de Castilla y el Rey Fernando de Aragón se casaron en 1469, unieron sus fuerzas. Isabel y Fernando expulsaron finalmente a los moros de España cuando capturaron el reino de Granada, su última fortaleza, en 1492.

El pensamiento de los ilustrados españoles fue configurando una incipiente resistencia que, si bien no se oponía de forma radical a la presencia de España en suelo americano, generó una suerte de posición crítica en contra del escolasticismo. Poco a poco, el poder religioso heredado del nacionalismo católico fue perdiendo seguidores, que se oponían a la excesiva división social². De este modo, la población criolla empezó a reclamar cierta autonomía en el gobierno de la Colonia y creyó, llegado el momento, conseguirla aprovechando la coyuntura de una España invadida por los franceses³. Aquella minoría que fue oponiéndose progresivamente a la presencia monárquica y a la categorización de América como colonia, sería una piedra angular para lo que se conformaría como el movimiento de Independencia.

La crítica y la resistencia traía consigo, necesariamente, un regreso a lo propio; una mirada que había sido conformada por la presencia española y que dibujaba una América inferior, conformada por habitantes sin mayores capacidades⁴. De esta forma, los movimientos emancipadores, dentro de los distintos países americanos, van estructurando una serie de mecanismos que, como en el nacionalismo español, encontraron una veta de suma importancia en las letras y la lengua. Los esfuerzos se centrarían en la construcción de una nación ideal, perfecta, que lograra entrar y ser reconocida por los propios opresores.

EL ESFUERZO FUNDACIONAL A TRAVÉS DE LA PALABRA

El optimismo que acompañó la lucha por la emancipación en la América hispana, se convertiría pronto en una realidad que no superaba las aspiraciones independentistas de los americanos. La relación de subalternidad mantenida con España continuaba, sobre todo, en los territorios de un poder simbólico que consideraron las letras españolas como el modelo ideal y definitivo; los escritores ibéricos estaban más arraigados que nunca en la labor de algunos escritores.

La aparente derrota de la Independencia, dentro de la dinámica social y pragmática de América, fomentó una serie de mecanismos que pugnaban por la construcción de una identidad nacional que, a su vez, justificara la presencia de

2 Filósoficamente, la definición de ultranacionalismo latinoamericano debe mucho a España y por ello no deja de proclamarse reiteradamente hispanista. Será de España de donde se extrae una concepción religiosa y clerical integrista, la idea de Cruzada político-religiosa, la devoción por las jerarquías y el orden.

3 Muchos españoles, influidos por las ideas de libertad provenientes de Francia, se oponían al Antiguo Régimen, entendido este como un sistema político basado en la existencia de una sociedad estamental, un gobierno absolutista y una economía proteccionista. Después de la Revolución francesa, la sociedad será de clases, el gobierno, de soberanía nacional y la economía, librecambista.

4 Se partía del clima, la geografía y la fauna, y de ello se infería la imposibilidad de formar instituciones libres en los climas cálidos y la incapacidad del americano para integrarse en la marcha de los pueblos civilizados. A estas teorías de Buffon y De Pauw contestaron, entre otros muchos, Javier Clavijero (1731-1787), en su *Historia antigua de México*; Hipólito Unanue (1755-1833), en *Observaciones sobre el clima de Lima*; José Cecilio Valle (1780-1834), en *Proceso de la historia de Guatemala*; Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), en *Historia de la revolución de Nueva España*.

un nuevo orden político. Desde dicho esfuerzo se pueden evidenciar las siguientes relaciones: memoria/nación (Gillis, 1994); historia/nación; etnia/nación; género/nación; identidad/cultura (García, 1990). Nos interesa, especialmente, la relación nación y literatura que se constituye en el lugar desde donde se habla. Dicho lugar es afín a lo que Walter Mignolo propone como *loci de enunciación* o los que Michel de Certeau (1999) llama el lugar desde donde se discute la cultura⁵. Este sería el escenario construido por las historias de la literatura y los periódicos. Por ende, el objetivo principal de las letras se centraba en la construcción de una memoria colectiva que reconociera a América como un territorio digno de una tradición. Los lugares de enunciación como constructores de la memoria, traen consigo lo que John R. Gillis llama políticas de la memoria, las cuales se traducen, en el caso de las historias de la literatura, en el criterio de selección del corpus y conformación del canon:

La memoria nacional es compartida por gente que, aun cuando se ha visto o ha oído hablar del otro, se consideran como teniendo una historia en común. Esta gente está unida tanto por el olvido como por el recuerdo, pues la memoria moderna nació en el momento en que americanos y europeos lanzaron un esfuerzo masivo por rechazar el pasado y construir un futuro radicalmente nuevo. (Gillis, 1994, p. 7)

Por tanto, las obras que conforman las historias se convierten en esfuerzos fundacionales en cuanto construcciones de un futuro nuevo. Dicha dinámica se transforma en un esfuerzo fundacional incipiente, pues la ruptura total con el pasado colonial español no es una propuesta radical, por el contrario, funciona como una legitimación de la tradición en construcción.

Es así como las historias de la literatura participaron en la constitución de dicha tradición cumpliendo la función, no solo de crear una memoria sino, como lo afirma Walter Mignolo (1995), de colonizarla. Las expresiones de los pueblos indígenas y de los negros esclavos no tenían espacio en dicho imaginario, ya que estaban desprovistos de una «escritura» aceptada por Occidente y, en consecuencia, no fueron sujetos activos de la incipiente tradición.

Para Mignolo, este fenómeno resulta de la incapacidad occidental de entender y valorar sistemas historiográficos no alfabéticos amerindios tales como la Totlecáyotl mexicana; lo que nos ha llevado a equiparar la alteridad cultural con la carencia de la historia. La construcción de la memoria pública en estos espacios no presupone que este sea un concepto homogéneo, pues «la memoria pública es el campo de batalla en el que dos tipos de memoria (la oficial y la popular) compiten por la hegemonía» (Achugar, 1998, p. 18).

5 Mignolo designa como los *loci de enunciación* los lugares neoculturales desde los que se produce el saber, el conocimiento y, en particular, la división internacional del trabajo intelectual vigente que opone el sur productor de materia prima cultural, al norte responsable de su procesamiento teórico y científico. En *The Darker Side of the Renaissance* (1995), el autor propone adoptar una postura calibanesca. Como miembros de la academia norteamericana, situados a la vez en un aquí y en un allá, a la vez dentro y fuera de ella, debemos «descolonizar» nuestro pensamiento y descentrar nuestros puntos de enunciación epistemológicos, es decir: dejar de ser etnocéntricos y eurocéntricos y «pensar», a partir de diferentes *loci de enunciación* que incluyan el conocimiento subalterno. Así, Mignolo aboga por lo que él llama una hermenéutica pluritópica (*pluritopic hermeneutics*).

Vale la pena preguntarse, entonces, si los historiadores de la literatura como sujetos de la enunciación, proponen el discurso nacional o nacionalista con el objetivo de fundar una memoria oficial que se haga pública, dejando de lado la memoria oral. Desde la enunciación de un discurso nacional podríamos incluso pensar que las historias mismas son lugares de la enunciación que dan materialidad oficial a la memoria pública dispersa. Es así como la construcción de la memoria se transforma en un escenario de pugnas ideológicas y de situación autoritaria e impuesta, ya que

El sujeto enunciador del discurso fundante del Estado-nación en América Latina durante el siglo XIX –independientemente de su individuación– tuvo un proyecto patriarcal y elitista que excluyó [...] no sólo a la mujer sino a indios, negros, esclavos, analfabetos y, en muchos casos, a quienes no tenían propiedades. (Achugar, 1998, p. 20)

En consecuencia, Vergara y Vergara –como historiador fundante de la memoria– se convierte en un sujeto enunciador que construye el perfil del sujeto de la nación: perfil que, por demás, no es pasivo, en cuanto constituye comunidades interpretativas (Fish, 1989)⁶. Dichas comunidades, por lo menos las que apoyan *La historia de la literatura de la Nueva Granada*, tomaban en sus manos la estructura de lo que debía ser recordado y la forma como era insertado en la memoria. De esta forma, la comunidad interpretativa letrada funda un orden ritual⁷. La pertenencia a estos órdenes rituales trae consigo unas dinámicas ideológicas, religiosas e incluso estéticas: «la pertenecía a estas comunidades suponía, de hecho, participar en un “orden ritual” que implicaba adherir y ser leal al proyecto ideológico y ético que estructurara dichas comunidades» (Achugar, 1998, p. 20).

En América Latina, ese orden ritual se replanteó en torno a la Independencia que reemplazó la figura emblemática del Rey de España por la de presidente; fundando, como es lógico, una estructura ritual de naturaleza análoga. Este nuevo orden ritual republicano se convertiría en una memoria pública en manos de letrados e intelectuales, cuyos elementos constitutivos estarían cifrados en torno a la nación republicana:

6 La idea es que las comunidades interpretativas se constituyen sobre la experiencia y la predisposición a generar significado, a través de actos interpretativos similares (Jensen, 1997, p. 150). Esta teoría parte de la base de que son los lectores, no los textos, la fuente de todo significado. La idea de autoridad interpretativa, expresada por Fish (1989) es la siguiente: «[...] no tanto como un grupo de individuos que compartían un punto de vista, sino un punto de vista o forma de organizar la experiencia que compartían los individuos en el sentido de que sus distinciones asumidas, categorías de comprensión y estipulación de relevancias e irrelevancia eran el contenido de la conciencia de los miembros de la comunidad, que por tanto, ya no eran más individuos, sino eran propiedad de la comunidad. [...] La identidad no sería atribuible a una autoidentidad del texto, sino a la naturaleza comunal del acto interpretativo» (Fish, 1989, p. 141).

7 La concepción del orden ritual, de acuerdo con Erving Goffman (1988), está organizada según líneas de adaptación que los individuos deben asumir y que les permiten mostrarse como integrantes autorregulados de una comunidad. Tiene por objetivo regular a los individuos como participantes de la interacción. Por lo tanto, las series de normas de conducta que rigen en la interacción, derivan esencialmente de las exigencias establecidas en la organización ritual impuesta por la comunidad interpretativa, en este caso, los letrados. (Goffman, 1988, pp. 169-206)

Precisamente, la creación de poemas, imágenes visuales, himnos, monedas, sellos y monumentos formaron parte de la labor por construir la serie de símbolos necesarios a ese “orden ritual” que operaría como uno de los elementos centrales del esfuerzo fundacional para la constitución de un imaginario nacional que, a su tiempo y vez, terminaría por ser objeto de recordación y se objetivaría en la memoria nacional oficial. (Achugar, 1998, p. 21)

La elite de los letrados se centraba en el espacio de lo que Ángel Rama (1989) llamó la «ciudad letrada», construyendo allí un escenario en donde la escritura trataba de reemplazar y componer un poder que se presentaba como ausente, en medio del caos propio de la posindependencia. El letrado cumplía las funciones de un sacerdote que oficiaba y promulgaba una serie de imaginarios convertidos, posteriormente, en una identidad nacional más retórica que real y que, además, era protectora de la autoridad: «En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes» (Rama, 1984, p. 33). En dicha ciudad, la letra adquiere una centralidad tal que la literatura se convierte, como lo nota Julio Ramos (2003), en un contexto en donde se proyectaba el mapa imaginario de los Estados en consolidación.

La literatura y su historia se erigen como elementos centrales de las políticas de esta memoria, en cuanto su función principal es crear, como primer loci de enunciación, el sistema de interpretación inaugural que perviviera en el tiempo. Con base en la unificación de la memoria histórica y de la tradición, fue necesario buscar las raíces iniciáticas en un lugar diferente a los pueblos nativos de América. Es aquí en donde la Independencia, como motivo de una épica embrionaria, se convirtió en el vehículo idóneo para inaugurar la tan requerida tradición memorable. La centralidad de la literatura y su historia hacen parte de las políticas de esta memoria, debido a que en su seno se configura un canon homogenizador, alimentado por la idea de una lengua única y de una historia común.

EL CANON CONSERVADOR EN LA *HISTORIA DE LA LITERATURA DE LA NUEVA GRANADA*. LA INVENCION DE LA TRADICIÓN

Historia de la Literatura de la Nueva Granada. Parte primera desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820) fue publicada en 1867 en la Imprenta de Echevarría Hermanos. Su autor, el bogotano José María Vergara y Vergara, nacido en el tradicional barrio de La Candelaria, en 1831, demostró un interés capital por las letras desde muy temprana edad, bajo la guía de los jesuitas y de su padre, el periodista José María Vergara Tenorio. Vergara, al igual que sus contemporáneos, fue testigo de la transición entre el modelo colonial absolutista y la construcción de la República, lo que habla de la vigencia de una sociedad posindependentista que seguiría obedeciendo al modelo

jerárquico colonial, en donde la alta burocracia, conformada por los españoles y uno que otro criollo, ostentaba todo el poder adquisitivo⁸.

La dinámica no había cambiado sustancialmente; las ideas venidas de Europa constituyeron, más que una forma de conciencia práctica y aplicada, un elemento político-teórico, puesto que la universalización del enunciado de tales teorías, no podía disimular la oposición feroz que encontraban en formas de conciencia impermeable a la identificación con los intereses de una clase. Estas aspiraciones no coinciden con el contexto del país, pues seguía existiendo una sólida barrera racial que los separaba de la mayoría de la población granadina. La parte que constituía el grupo letrado conservador de la nación, se oponía a la ruptura radical y definitiva con España, y jugaba a ser la contraparte de los militares que buscaban la constitución de un Estado totalmente soberano.

El fracaso de las políticas económicas de corrientes liberales francesas marcó el derrotero de afirmación de los presupuestos conservadores que le hacían contrapeso⁹. El movimiento conservador encontró en el fracaso de los modelos económicos una razón más para sustentar su idea conservadora. La experiencia histórica concreta que tuvieron los granadinos, desembocó en una frustración y desmoralización; los grandes negociantes estaban en bancarrota. Así, por ejemplo, mediante la descripción que hace el mismo Vergara en su obra, podemos tener una perspectiva del Estado de la sociedad nacional de mediados del siglo XIX:

Algo parecido al delirio se ha apoderado de la población y todos, previendo una catástrofe inevitable pero que se difería a una fecha posterior al plazo de los billetes que se poseería, iban a confiar su fortuna a hombres cuya “capacidad” financiera parecía fabulosa. Estos suspendieron los pagos y no hay acaso diez familias en la ciudad que no se encuentren arruinadas. Este acontecimiento sin ejemplo en el país domina necesariamente a todos los demás y es todavía un nuevo flagelo que debe añadirse a todos aquellos que han desolado la República. (Vergara, 1867, p. 399)

Entonces, resultaba necesario para Vergara, seguir fortaleciendo el cordón umbilical que nos unía con España; era fundamental unificar la nación alrededor del nacionalismo católico, de la lengua y de la religión, siguiendo el ejemplo de la Península. La sociedad experimenta un cambio de mentalidad, de un proteccionismo colonialista; se pasa sin transición a la aceptación casi general de las teorías sostenidas por el libre cambio.

El fracaso de una incipiente industrialización generó un clima escéptico respecto a las bondades de un sistema europeo y liberal, que exigía mayores sacrificios de una

8 La Independencia no trajo igualdad social, aunque sí algunos cambios legislativos. Ejemplo de ello es la Constitución de 1832 y posteriormente la de 1843 con presidencia y Senado vitalicio, con representaciones consagradas según sus jerarquías sociales. En ellas se conserva la esclavitud y se restringe la ciudadanía y el sufragio.

9 Como lo explica Luis Eduardo Nieto (1998), se ponderó, de acuerdo con estas corrientes, la entrada de modelos que marcarán el arribo a la Nueva Granada de los mejoramientos en la actividad industrial; en adelante se descarta casi por entero la posibilidad de incorporar de una manera normal una economía con un mercado interno para producción. La teoría foránea no era coherente con la realidad intranacional.

sociedad cansada y golpeada y que esperaba recibir de personajes fantásticos todos los beneficios de la civilización. Una suerte de nostalgia por el Estado proteccionista colonial invadió a los ciudadanos, quienes criticaban, a la vez, el efecto de la monarquía española sobre sus expresiones culturales; de esta manera fue como emprendieron la constitución de una tradición que mermara el desarraigo.

La necesidad de pertenencia y la ilusión de continuidad histórica evidencian que no todos los individuos estaban de acuerdo con el optimismo liberal; los terratenientes, por ejemplo, se opondrían, por beneficio material, al principio liberal de abolición de la esclavitud. De igual manera, letrados como Vergara veían en el liberalismo la intrusión de fuerzas ideológicas foráneas, el socavamiento de cultura nacional y el distanciamiento de la moral cristiana y de la Iglesia que había traído, según ellos, la civilización intelectual que hizo crecer a nuestra nación.

Vergara elige el terreno de las letras para expresar su posición y su obra histórica se centra en la recuperación y afirmación de la identidad nacional, creada con base en la tradición ibérica. El autor encuentra en los principios de los antiliberales europeos, un punto de partida idóneo para su labor, una justificación con fortaleza histórica y geográfica que no diera lugar a las contradicciones o a los cuestionamientos¹⁰. La defensa de la Iglesia como baluarte de la civilización y como punto principal de la labor de Vergara, es tal vez, la postura más recurrente dentro de los conservadores que se dedicaron al estudio de las letras nacionales. El mismo bogotano lo anuncia desde la entrada a su *Historia*:

Mas, lo que buscaba, las letras, lo encontré siempre en el seno de la iglesia misma, no tenía para que (sic) negar que me es muy grato reunir las glorias de la iglesia a las de la patria. Desearía que todas mis obras estuvieran al servicio de la causa católica, y me parecería perdido el tiempo que no emplease en tal objeto. Al trabajar para mi patria, este querido pedazo de tierra que Dios me señaló por cuna, no quiero olvidarme que también soy ciudadano de la eternidad. (Vergara, 1867, p. 14)

El escenario de las letras, como se afirmó anteriormente, se transforma en el lugar de enunciación donde puede perdurar mejor *la Magistra vitae* del ideario conservador, y la entrada principal de corrientes como el tradicionalismo, opuesta, claro está, a los principios del utilitarismo inglés¹¹. El advenimiento de filosofías extranjeras en España,

10 Esta posición se cimentó en la afirmación nacionalista frente a las invasiones napoleónicas y se expresó en la búsqueda y exaltación de particularidades lingüísticas y raciales que se oponían al influjo avasallador y cosmopolita de la revolución francesa. El reflejo de estas influencias en el suelo nacional no se hicieron esperar: en 1851, tiene lugar la revolución conservadora, reacción en contra de los «excesos» del partido «rojo»; por ejemplo, el golpe militar del 17 de abril de 1854 y el *gobierno provisional* del general Melo. Las reformas radicales en la Constitución del 21 de mayo de 1853, también provocaron la furia de los conservadores. La Constitución de 1854, destinada a restablecer la legitimidad, resultó en la recuperación del poder por parte de los conservadores.

11 Dicho movimiento surgió como fuerza opositora a las nuevas corrientes europeas como el utilitarismo y el sensualismo. El tradicionalismo buscaba transformar ciertas formas de la vida nacional como la esclavitud, sin que se produjese una ruptura completa con la tradición hispánica. Ejemplo de ello es que su origen primario

como respuesta al absolutismo de los Borbones, trajo consigo un proceso similar al de nuestro país. El tradicionalismo católico, por ejemplo, también se generó como respuesta a todas estas fuerzas ideológicas que abogaban por el fin del poder eclesiástico.

De ahí que Jaime Balmes (1810-1848) se convirtiera en el exponente más ilustre de la filosofía católica española y tradicionalista del siglo XIX, defensor de la Iglesia y de sus principios en todos los campos; protector del matrimonio entre Iglesia y Estado, resultó ser una guía vital entre los pensadores conservadores colombianos: «[...] sus observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero, lo ponen en primera línea como defensor de los derechos eclesiásticos frente a las pretensiones secularistas del Estado español» (Valderrama, 1989, p. 155).

Balmes y Vergara comparten una misma preocupación, no solo en lo referente a los derechos eclesiásticos, sino que ambos observan con angustia el sometimiento al materialismo de sus respectivas sociedades, la pérdida de los valores religiosos y la importación de ideas del extranjero sin que se produzca un ideario propio. Con la influencia de Balmes, de Francisco Suárez, Francisco de Victoria, el padre Juan de Mariana, quienes trajeron a suelo hispánico la tradición teológica-legal de España, se fundamentó en la Nueva Granada el movimiento reaccionario de los tradicionalistas.

Tanto en España como en la Nueva Granada, el movimiento tradicionalista fue tomando forma en la ideología conservadora. Con el transcurrir del tiempo, se fueron constituyendo ideas clave de dicha corriente ideológica: conciencia histórica, antisuperstición, evolución y asimilación del pasado en el presente, cultura y civilización, que tenía su base en la Iglesia.

Esta visión se refleja en la reflexión que Vergara hace de la importancia de la Iglesia en la revolución de 1810, específicamente, en la formación de los caudillos en sus colegios: «Esos preclaros varones se formaron en aquellos establecimientos, y ellos, fuera de otros hombres eminentes que existieron en todo el siglo XVIII, fueron el fruto de los árboles sembrados por la mano bienhechora de los fundadores de los colegios» (Vergara, 1867, p. 74).

Pero si Balmes le dio la razón a Vergara en la relación irrompible entre Iglesia y civilización, el sacerdote español Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764)¹² iluminó

lo encontramos en suelo ibérico y más exactamente en la segunda mitad del siglo XVIII. Grandes polémicas dividieron a los partidarios de la tradición y de la ilustración. La tendencia tradicionalista con hondas raíces en el Medioevo español y en la época de los Austrias mayores, se manifestó partidaria de la «tradición», la defensa de la Iglesia católica, el mantenimiento del orden y del sistema político monárquico y colonial. Para ampliar esta oposición, ver: Guzmán, Diana Paola. (2007). El canon conservador en la *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*. En *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*. Bogotá: Universidad Santo Tomás, núm. 97 (jul-dic), pp. 110-125.

12 Miembro de una familia noble; renunció a su mayorazgo para ingresar en la Orden benedictina, en el monasterio de Samos, cuando tenía 14 años. Cursó estudios superiores en la Universidad de Salamanca y en 1709 se trasladó a Oviedo, en cuya universidad desempeñó varias cátedras, llevando una vida retirada en una celda del monasterio de San Vicente. En este lugar inició sus escritos, ya a edad avanzada. En el primero defendió la «Medicina escéptica» de Martín Martínez de los ataques de López Araujo, poniendo ya de manifiesto que el aristotelismo y las escolásticas serían su principal enemigo intelectual. Su primer tomo de «Teatro crítico universal o discursos

al historiador en la importancia de crear y proteger la tradición. La figura del pensador español justifica la elección de Vergara en relación con la base hispanófila, es decir, con la idea de hegemonía histórica, estética y axiológica como un sistema social efectivo que pudiera acomodarse, así fuera de modo aparente, a la realidad nacional. Sobre la concepción de la tradición como una supraestructura en la cual vive el pasado, Vergara retoma del principio feijoniano, en donde la tradición es una fuerza activamente configurativa, un elemento práctico de incorporación y selección de aquello sobre lo cual debe construirse. La ilusión del *continuum* histórico –en este caso la historia literaria– contribuye a prefigurar un presente que resulta poderosamente operativo con las construcciones identitarias. El mismo Vergara propone una relación entre tradición y civilización que debe pervivir en el individuo católico americano:

Siempre se ha dicho, en boca de aquellos ciegos de su tradición, que España no produjo gran cosa a nivel filosófico. La ignorancia y descreimiento hablan por sí solos. El padre Feijoo es muestra del gran valor que tuvo en España la guía no solo espiritual, sino intelectual de la Iglesia. (1867, p. 101)

Como lo explica Eric Hobsbawm (2002), la tradición impuesta se convierte en un pasado significativo cuando las voces hegemónicas o, en nuestro caso, los sujetos enunciadore, desvirtúan otras fuentes de origen posible de la tradición, como la indígena, por ejemplo. Acerca de la idea conservadora en contra de la superstición, Feijoo presenta el pasado egipcio como un escenario plagado de creencias oscuras y sin fundamento:

La regla de la creencia del vulgo es la posesión. Sus ascendientes son sus oráculos y mira con una especie de impiedad no creer lo que creyeron aquellos. No cuida de imaginar que (sic) origen tiene la noticia; bástale saber que es algo antigua para venderla a manera de los egipcios, que adoraban el Nilo, ignorando como o dónde nacía y sin otro conocimiento que el que venía de lejos. ¡Qué quimeras, que extravagancias no se conservan en los pueblos a la sombra del vano, pero ostentoso título de tradición! (1809, p. 357)

Sobre esta misma premisa se sitúa Vergara quien propone, como inicio de las letras nacionales, las obras del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada y anula, con el mismo principio de Feijoo, el pasado precolombino en tierras americanas:

varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes» se publicará en 1727, apareciendo nuevos tomos en 1739, 1742 y 1760; este último con el añadido de las «Cartas eruditas y curiosas». Este amplio trabajo de 13 volúmenes trata sobre opiniones antropológicas, curiosidades de la naturaleza, descubrimientos, etc. con las que satisface su afán divulgatorio, recuperando el talante humanístico de sus admirados Vives o Bacon. Sus trabajos tendrían una amplia repercusión, tanto a favor como en contra y el propio Fernando VI defendió al escritor ante el ataque inquisitorial.

Hoy tenemos una verdadera nacionalidad, derivada de un gremio de ciudadanos útiles y cultos, en vez de una turba de esclavos sin cadenas, llenos de supersticiones y ritos que solo representan la desgracia de su ignorancia, de fiestas que no son más que pretextos para tomar la chicha y adorar dioses venidos de la imaginación desbordada y mentirosa de los indios y negros. (Vergara, 1867, p. 66)

Dejar claro que un pasado distinto al hispánico no era semilla suficiente para la construcción de una memoria reconocida, nos acerca a una suerte de genealogía de la tradición, pues ésta se hereda a través de una raza «bien formada» que depende de ser español americano y en el “peor de los casos”, un criollo católico¹³. Es la Iglesia como ente educador, la que produce generaciones de individuos capaces de movilizar los cimientos de la tradición hacia la Independencia y de preservar los valores fundamentales.

Como resultado, la identidad nacional propuesta se legitima alrededor de dos modos de representación integrados: lo orgánico y la familia. La narración de la vida de aquellos que representan de modo asociativo los valores y su vida, convierte la obra de Vergara en una biografía de la nación, un historicismo del yo/nosotros que genera una construcción del pasado, a partir de la memoria y, por ello, tanto la historia como la biografía son ficción (*stories*). Si bien aquellos agentes educados por la Iglesia y actores de la Independencia parecen representar la libertad, la ruptura con el agente dominador que los educó, a través del recurso de la metáfora genealógica, de la herencia orgánica, se convierten en simples cortes con un pasado inmediato, incluso, el surgimiento de una nueva voz literaria se debe a un camino recorrido, a una tradición que lo respalda: «[...] el aparecimiento de un escritor jamás es un fenómeno: siempre es un representante de una generación tan adelantada que sea capaz de producirlo» (Vergara, 1867, p. 24).

La visión que presenta Vergara sobre los escritores y sus lazos de herencia, requiere, a su vez, un *protopadre* que encarne los valores fundamentales de sus herederos y consolide la función principal conferida a las letras: «Es bueno saber, que la literatura nacional tiene por objeto la construcción de una nación cuya identidad se refleje en los valores de la santa Iglesia y de la lengua, hija de Cervantes» (1867, p. 23). Padre que engendró una descendencia capaz de construir un proceso tan complejo e importante como lo fue el movimiento emancipatorio:

Para que hubiera habido entre nosotros esa admirable generación de 1810, era preciso reconocer la presencia de una labor anterior, y muy anterior a ella, de un desarrollo del espíritu, lento si se quiere, pero que existió. Hombres como Caldas no improvisa la humanidad en ninguna parte del mundo. El hombre cultiva en sí mismo el germen de las generaciones futuras. El que explota solamente las fuerzas

13 Pensar en una dinámica genealógica de la tradición funda una transmisión del legado que depende de los «lazos familiares», es pues necesario pertenecer a una raza, conservar vínculos sanguíneos con el padre y posteriormente con el heredero. Las historias se escriben como relatos de las vidas de aquellos hijos ilustres que ejemplifican la praxis del acervo. Sin embargo, estaríamos situados frente a una autobiografía de la nación propuesta a través de la descripción de la vida de unos individuos seleccionados que influyen en la memoria y la construcción de recuerdos.

físicas y las pasiones rudas, tendrá por biznieto un bárbaro. El abuelo de Newton hizo algo en su espíritu para que naciera de su raza aquel genio. Las generaciones anteriores a Caldas debieron ser muy intelectuales para poder producir aquel hombre excepcional. (Vergara, 1867, p. 101)

El canon literario que inaugura Vergara no es otra cosa que un archivo de la genealogía de la tradición que sustenta esta herencia y se convierte en un índice tangible de la identidad nacional propuesta. Por un lado, constituye la aceptación de un orden trascendente que supera el tiempo; por otro, estructura un cuerpo legal axiológico que debe seguir la nueva sociedad americana, es decir, un cuerpo de leyes que son naturales y con las que la sociedad se gobierna¹⁴.

Es así como el canon es un lugar de la conciencia donde se diferencia lo bueno y lo malo; lo bello y lo primitivo; lo católico y lo supersticioso. En consecuencia, es reflejo del respeto a las ideas prescriptivas, a esas que establecen lo que debe ser y que provienen de la tradición. Entonces, aquellos que retan dichos principios deben ser excluidos del escenario canónico, con lo cual se regula aquello que debe ser recordado y olvidado. Lo primero que saldrá de la selección serán las expresiones que no devengan de lo católico, ni hagan honor al «buen uso» de la lengua, al igual que las propuestas que no reconozcan la herencia y el peso de nuestros antepasados europeos.

De este modo, la tradición se convierte en un objeto susceptible de ser periodizado y que debe cumplir, al pie de la letra, los procesos genealógicos propios del *continuum* –Descubrimiento, Conquista, Colonia e Independencia–. En este sentido, la tradición narrada se enuncia como *lo legendario*, es decir, aquello que puede ser historiado, una zona discursiva donde se perfila el espacio y se introduce el tiempo. La dinámica de la literatura debe representar a ese *crescendo* de la evolución nacional: la «[...] función de la literatura no es solo representar a la sociedad que la produce, sino crear el terreno donde se siembren y germinen las letras venideras. Desde los jesuitas hasta *El carnero*, todo es un tejido imposible de desatar» (Vergara, 1867, p. 70).

La literatura es, por tanto, la muestra más diáfana de la constitución de una tradición; encuentra a un Vergara educado por dominicos y jesuitas, profundamente preocupado por evidenciar el vínculo entre tradición y pensamiento conservador al escribir una historia de las letras que no existía en el escenario nacional.

14 Esta característica corresponde con el primer principio del pensamiento conservador. El orden trascendente recoge una serie de verdades morales inmutables correspondientes con un orden divino que debe reflejarse en todos los estamentos de la sociedad.

LENGUA Y PODER: UN HITO EN LA INVENCION DE LA TRADICION

La lengua es el elemento preponderante en el canon conservador. La educación formaba parte de una de las grandes reflexiones que propondría Vergara, no solo en su obra histórica, sino en su creación costumbrista. El filósofo católico Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) es el faro axiológico de Vergara y Vergara¹⁵: «Fue Jovellanos un gran norte en la enseñanza que recibí en el seminario de San Bartolomé. Gracias a él comprendí la importancia de la educación para todos y del bien hablar y aún más del bien escribir nuestra hermosa lengua» (1867, p. 98)¹⁶.

Ejemplo de ello es que si bien Vergara expone honestamente su preocupación acerca de las letras nacionales y de la importancia que este oficio tiene para los destinos de la nación, al igual que Jovellanos, le parece que la actividad literaria es indisociable de la vida pública y, por ende, de la educación. El filósofo español hace una defensa frontal de los estudios literarios como parte fundamental de la educación positiva y moderna que apunta a la creación de un hombre virtuoso, idóneo para distinguir lo bello de lo feo, el bien del mal, un hombre educado en las buenas letras que al tiempo fuera capaz de legislar y resguardar los valores hispánicos. El mismo José Luis Romero expresa que la influencia de Jovellanos resultó definitiva para configurar el ideal del escritor americano:

La imagen del escritor del siglo pasado, hasta José Asunción Silva, corresponde con un sueño del hombre moderno elaborado a partir de la ilustración española. Autores como Jaime Balmes y Gaspar de Jovellanos tuvieron mucha incidencia sobre la definición del intelectual en Colombia. (Romero, 1986, p. 115)

José Luis Romero, uno de los principales historiadores del conservadurismo en América Latina, deja claro que uno de los objetivos centrales de este ideario era la preocupación y convicción del ejercicio social de la literatura, tal y como lo propondría Vergara. Si bien el bogotano se basaba en algunos juicios estéticos como el uso puro del español y el rechazo frontal al conceptualismo de Góngora, también apelaba al valor que dichas obras podían tener en la educación del lego. Lo que quería decir, simple y llanamente, era que tuvieran capacidad de moralizar, aún si la lectura resultaba poco entretenida y hasta tediosa:

15 La influencia de Jovellanos se hace aún más evidente en la propuesta educativa de la Regeneración, la cual pervive en los primeros manuales de la literatura colombiana.

16 Jovellanos fue uno de los escritores más importantes de la Ilustración española, ocupó un lugar preponderante en el pensamiento moderno durante el periodo de la Colonia. Además, relevó el estudio de las lenguas muertas por el de las lenguas vulgares, introdujo los principios de la teoría sensualista y de la gramática general o racional; puso límites a la escolástica, la deducción y el silogismo; abogó por la observación y el análisis; pero fue, ante todo, un gran defensor de los estudios literarios, de la educación de las masas y del dogma católico.

Si bien las obras de algunos Jesuitas no resultaban de entretenida lectura, sí resultaban de gran utilidad en la formación de la moral cristiana. También lo harían los primeros e ilustres cronistas quienes hablaron con vehemencia de la historia nacional, o el mismo Freyle quien con palabras sencillas pintaría con maestría a nuestra ciudad primera y sus costumbres, algunas santas otras mundanas. (Vergara, 1867, p. 333)

Por tanto, la realización de una historia de la literatura nacional garantizaba, hasta cierto punto, la incursión más seria y determinada de las letras dentro del plan de estudios. Para Vergara, al igual que para su maestro Jovellanos, la función principal de la escritura radicaba en inculcar la razón y el juicio, pero también dirigirlos. El hombre tenía que alcanzar la sabiduría y con ella los principios morales de la vida católica.

Si a Jovellanos le preocupó la subdivisión de las ciencias que se convirtió, según él, en el mayor obstáculo para la educación general, a Vergara le preocupó el pragmatismo de los nuevos oficios. Era necesario aclarar la importancia que tenía el uso del lenguaje dentro de la concepción de razón católica y conservadora; sin embargo, esta preocupación también se cifraba en la escritura de la propia historia que al contar lo que sucedió, instituye lo real como representación del pasado. Esto exige que la expresión sea presentada como un constructo claro y diáfano, pues su autoridad proviene del hecho de presentarse como el testimonio de lo que fue, de lo que es y de lo que deberá ser. De este modo el *continuum* histórico adquiere un sentido y crea un sistema de referencias y valores que garantizan una comunicabilidad simbólica.

La enseñanza de las letras no solo significaba la construcción de un sujeto ideal, sino de un modelo ideal de escritura que contuviera los valores humanos y trascendentes, que evidenciara la unión entre letras y progreso a la vez que la relación entre la literatura y la tradición. El modelo neoclásico, guía absoluta de la expresión proveniente de la Expedición Botánica, sirvió para dejar claro que dicha empresa si bien se había convertido en el reemplazo de la Compañía de Jesús expulsada del suelo americano, también «exploró los bosques, e hizo más aún, iluminó los espíritus» (1867, p. 98).

De acuerdo con Beatriz Sarlo (2005), pensar en un modelo neoclásico, claramente enraizado en la idea de una armonía entre sus partes, un orden meditado y preceptivo para expresar el avance científico de la Colonia, patenta aún más la funcionalidad de la literatura como herramienta didáctica y aleccionadora. Enseñar requería de claridad absoluta, de enunciados que fueran rápidamente entendidos y que reflejaran un camino seguro hacia el progreso ilustrado.

Es así como José Celestino Mutis se presenta como un mesías que traía la luz del conocimiento a una cueva oscura y asustada por el futuro, pero que seguía enraizada en un pasado convertido en un pliegue, una bisagra en la que confluye el progreso devenido exclusivamente de la eterna relación del pretérito con el futuro. De este modo, se obvia la presencia de un individuo capaz de revelar toda su fuerza creativa, ponderando una figura que a manera de monumento, represente una experiencia

colectiva¹⁷. Vivencia que rompe con la naturaleza discursiva del pasado y lo pone en situación; la Expedición se narró como una realidad que transgredió el imaginario utópico del *será* para convertirse en *él fue* tácitamente, es un lugar del hacer que deviene en un camino seguro para el futuro letrado. Vergara presenta la Expedición Botánica como un suelo fértil en donde crecerán espíritus poderosos e ilustrados:

[...] hizo producir excelentes escritos a los neófitos de la expedición. En aquellas ciencias exactas de que se ocupaba la expedición, no podían aclimatarse las hueras imágenes y los rebuscados tropos y alambicadas frases del estilo culterano que primaba entonces en los escritores de la colonia. Precisados a ser sencillos y claros para ser exactos, los discípulos naturalistas se acostumbraron a hablar en puridad; y al tener que describir algún espectáculo de la naturaleza, o hacer un discurso en alguno de los ramos de aquellas nobles ciencias, produjeron escritos clásicos que más tarde veremos cuando aparezcan en el escenario las figuras de Zea, Caldas, Nariño, Pombo, Valenzuela, Matiz y otros más. (1867, p. 115)

La escritura neoclásica, como un entramado semiótico del progreso intelectual de la Expedición, convierte a dicho presente en una evocación y resultado del pasado que exige una disposición hermenéutica del historiador, quien convierte estos actos discursivos en evocaciones en donde confluyen, sin reñir, el pasado, el presente y el porvenir. La virtud del artista radicaba ahora en su capacidad de representar las cosas aproximándose a su pureza ideal y de saber componer, de acuerdo con la regla y proporción que demandaba la belleza, un orden placentero.

Vergara, por ejemplo, pensaba que era necesario y muy útil para la enseñanza de la poesía: «[...] determinar la construcción mecánica que constituye la dulzura, el número y la armonía poética, con relación a los varios metros castellanos» (1867, p. 158). El bogotano proponía que la poesía expresaba el sentimiento humano, pero que su belleza radicaba también en un orden racional. El escritor era un contemplador de la variada obra de la divinidad, aunque la traía a su tiempo *contemporizando* aquello que se había presentado como sagrado, el hombre era capaz de conferirle una normatividad a lo bello. Mucha de esa belleza y ese orden racional venía de Dios y de la aceptación de sus normas:

17 Este proceso cambia completamente en la propuesta de Baldomero Sanín Cano, lo importante para el crítico será la fuerza del sujeto como dueño de una conciencia histórica, una trama que lo ubicó en condiciones de posibilidad histórica como agencia de su desenvolvimiento en el mundo. Lo central ya no será permanecer, sino transgredir, y esa acción solo la puede llevar a cabo un individuo que se sitúa frente a su tiempo con una voz fuertemente crítica, no asociativa. Regresando a Sarlo (2005), el potencializar al sujeto vincula el relato como texto o acontecimiento discursivo con las condiciones de posibilidad de la experiencia. De esta manera, por un lado se verifican experiencias que se presentan como ajenas, enajenadas de sus agentes, y por otro, se trata de establecer las condiciones de posibilidad de un restablecimiento del relato, claro, no de un retorno al pasado. Sobre la historia de la experiencia enunciada por Dominick LaCapra (2006), haremos referencia en el IV capítulo del presente trabajo.

De suerte que Dios, de mil maneras diferentes y con innumerables y diversísimas combinaciones de las partes, puede hacer hermosísimas caras. Así lo descubrió la madre Josefa del Castillo. En su niñez leyó libros de comedias, y después en el convento leyó las obras de Santa Teresa: he aquí toda su educación literaria [...] Todo esto le impedía hacer estudios ajenos a su edad, sexo y destino; más ajenos aún a la educación que se daba entonces a las mujeres, y más ajenos aún a la época en la que existió la venerable madre ¿dónde pudo aprender a manejar con tanta soltura el idioma; dónde adquirió este purísimo estilo? Sin duda suplió por el estudio su alta inteligencia, su ardiente inspiración ascética y su entendimiento armonioso de la obra de Dios. (Vergara, 1867, p. 168)

El hombre piadoso era, a su vez, un sujeto capaz de producir una literatura que estuviera en concordancia con el proyecto político de los conservadores, quienes encontraban en el uso normativo de la lengua, la expresión más clara de una tradición¹⁸. La producción que se sitúa dentro del canon conservador se caracteriza por su analogía con el orden divino y el criterio de verdad al que hicimos referencia anteriormente. El renacimiento de este modelo es resultado de la caída en desgracia del vicepresidente Santander (1828) y del establecimiento de la dictadura de Simón Bolívar, quien anula las reformas educativas y restituye los privilegios de la Iglesia Católica, reafirmando la autoridad patriarcal en el seno de la familia y de la sociedad.

De esta forma, los conservadores volvieron a sentir el respaldo del Estado y produjeron escritos que ratificaron la presencia del poder en las letras nacionales¹⁹. Un patriarcalismo doctrinario y proteccionista se impuso como fórmula sustitutiva de las consultas populares y de todas las expresiones que resultaron de ellas. Los escritores conservadores sintieron que su misión era válida de nuevo, la literatura retomó su función adoctrinante, y expresó la derrota del proyecto liberal:

Tanto se dijo y se prometió, se trajeron escritores desenfrenados que no enseñaban con sus letras al pueblo desorientado. Sólo los hechos del gobierno liberal y utilitarista, demostraban que las mentiras habían tomado la forma que realmente tenían. La literatura regresaba a su semilla original: ser el receptáculo de una doctrina y de una unidad nacional. (Vergara, 1867, p. 222)

18 Prueba de ello es el gran número de gramáticas y textos normativos acerca del uso de la lengua. Su principal característica radicaba en que su fin no era diferenciar el español de América del de la Península, sino establecer las reglas que tenían en común. Es evidente que la idea de Vergara pervive, pues uno de los aspectos que expresa con mayor insistencia en su obra es la escritura de gramáticas de lenguas indígenas hechas por los misioneros, en las cuales se presentaban aspectos lingüísticos que estas lenguas compartían con el latín. Miguel Antonio Caro escribe *Tratado del participio*, en 1867, allí propone y revela las deudas que el español tiene con el latín.

19 Las producciones literarias debían contribuir a lo que, según dicho grupo, era la tarea más importante de los jóvenes gobernantes: crear unas normas educativas y establecer el imperio de la ley.

LA ÉPICA INDEPENDENTISTA: LAS ARMAS Y LAS LETRAS

Si bien el cuerpo retórico sentó las bases del canon conservador en nuestro país, uno de los poderes al que hicieron referencia las letras desde su centralidad fue el militar, el mismo que protegió y perpetuó. Hecho que, como lo demuestra Hugo Achugar, es condición generalizada en América Latina: «[...] los letrados a la vez que celebraron el poder militar –mediante la consagración de la épica independentista– impidieron, aunque casi de seguro no deliberadamente, la posibilidad de una perspectiva de nuestra historia exclusivamente militarista» (1998, p. 25).

De acuerdo con Achugar, la exposición de los enfrentamientos y guerras que antecedieron y subsiguieron a la Independencia, sirvió para presentar las oposiciones raigales entre un impuesto ser nacional y un, también impuesto, deber ser. Los próceres escritores consolidaron la presencia de unas estructuras de poder insertas en una economía que propicia la supremacía de la fuerza, el control de los placeres, la valoración del sujeto en relación con su productividad y la ilusión de su emancipación. Por tanto, la épica independentista no solo es un cuadro que describe la valentía de quienes participaron en las batallas, sino que se convierte en un prontuario axiológico que demarca y genera el orden ritual de quienes conformaban la nación. En este sentido, se hace latente una militarización de la memoria²⁰.

La épica independentista, por otra parte, también contribuyó a construir la imagen utópica de la nación ideal conformada por militares letrados que trasladaran el discurso a la acción y, a su vez, intelectualizan la guerra por medio de la palabra. El resultado de dicha dinámica entre guerra y letra reafirmó la presencia de lo propio y de lo local e invocó la forma neoclásica como el modo ideal de expresión:

Por otra parte, cabe la posibilidad de considerar el neoclasicismo hispanoamericano de muchos de los textos con que se celebraron las gestas independentistas, como formas híbridas donde el repertorio de imágenes codificado por el neoclasicismo europeo se contamina de elementos “locales” o “propios”, sin que ello necesariamente indique un periodo de transición entre neoclasicismo y romanticismo. (Achugar, 1998, pp. 26-27)

Escritores como José María Vergara y Vergara hicieron un esfuerzo al tratar de dar forma a esa nación que, en muchos casos, no existía más que en sus propios deseos y que se cifraba como una comunidad imaginada que en su gran mayoría, no

20 Una memoria a la que hemos denominado militarizada, significaría, de acuerdo con Michel de Certeau (1999), un ejercicio de control del espacio que la sociedad misma se ha dado. Pensar en una épica independentista como uno de los lugares fundacionales de la tradición (la palabra, la religión y la doctrina) abre la posibilidad de un legado como texto producido, es decir, una página en blanco que la comunidad misma puede y debe llenar con una voluntad expresada en términos de razón. Es así como la geografía de aquel cuerpo militar solo puede tener su origen en suelo español, volviendo invisible aquel pasado indígena que resulta incómodo e insuficiente para Vergara e incluso para el mismo Antonio Gómez Restrepo. La épica es un receptáculo que se encuentra en blanco, el principio de un cúmulo de recuerdos que deben ser moldeados al acomodo de la voz hegemónica.

correspondía a la realidad social, étnica y cultural de los territorios²¹. Esta posición devino en la supresión de expresiones distintas a las existentes dentro de dicha épica. La exclusión es muestra de que dentro de estas historias y recopilaciones regían los ideologemas propios de la ciudad letrada; fue allí en donde el soldado y el letrado unieron sus fuerzas para diseñar el modelo ideal de identidad.

Ejemplo de ello es la división directa en dos tipos de habitantes del país, propuesta por Vergara. Por un lado, se encuentran los condenados a ser débiles, perezosos y cobardes (pueblos nativos) y, por otro, los fuertes, valientes, activos y sabios (seguramente con descendencia europea) que merecen formar parte de la memoria nacional y cuyas obras son dignas de aparecer dentro de la historia de la literatura:

Los militares y letrados del siglo XIX construyeron los nuevos estados-naciones. En algunos casos estos militares fueron también letrados y la fundación que realizaron no se limitó a la de las armas. Estos “próceres escritores” desarrollaron un discurso fundante que por el lugar de poder desde donde hablaban tuvo una función y un efecto decisivos. (D’Alessandro, 1998, p. 137)

Vergara expone su posición a través de tres escritores que además jugaron un papel preponderante en la dinámica de la Independencia: Francisco José de Caldas, Rafael Núñez y Francisco Antonio Zea; adopta las convenciones narrativas propuestas por los historiadores europeos y construye un *epos* patriótico en torno a actores que desarrollaban una acción ejemplar, encarnados en los mismos escritores.

Al atribuir dicha acción a un individuo permitía exponer las «peripecias» de un relato como acción dramática, es decir, urdir una trama que podía ajustarse más o menos a los géneros literarios básicos de la tragedia y de la comedia, así como construir una síntesis homogénea de los episodios que conforman la historia.

Por lo tanto, el héroe conciliaba su propio destino con el colectivo como en la comedia; sin embargo, estos actores tienen un vuelco dramático al ser encarcelados y hasta fusilados por su labor emancipadora. En este caso, el héroe y la sociedad entran en una contradicción que se acerca a la tragedia. Los jesuitas y la descripción de su expulsión que hace Vergara es muestra de ello:

Los jesuitas eran mal mirados por la aristocracia española, dice el historiador Plaza, a causa de que defendían los indios de los encomenderos; y de que la Corte veía, además, todo el peso del odio se les tenía [...] Terminada la lectura, [se refiere a la Cédula Real que ordenaba la expulsión de los Jesuitas del Reino de Granada] ordenó el Virrey al padre providencial que se hincara y descubriera la cabeza para besar la real orden. El jesuita, llevando la mano al solideo, contesto: solo a Dios y se negó a arrodillarse. (Vergara, 1867, p. 190)

21 Para Benedict Anderson (1993), una de las características principales del surgimiento de los nacionalismos es precisamente que la idea de Nación resulta en una sociedad en apariencia integrada, en cuanto todos los habitantes se saben incluidos en una misma comunidad que los nuclea (su nacionalidad). Aunque el sentimiento de unidad identitaria es el vínculo principal, resulta imaginada, pues cada uno de sus integrantes se representa para sí al resto de la comunidad, pues jamás conocerá a todos los sujetos que constituyen la nación.

La narración de este episodio se acerca íntimamente al tono literario, crea héroes y antagonistas, situaciones de tensión y peripecias que convierten a la orden religiosa en una suerte de personaje trágico negando a la autoridad oficial. He aquí otro punto que reafirma la subjetividad en la escritura de Vergara al referirse a sus actores ideales. Es evidente y lógico que el autor no fue testigo presencial de lo ocurrido y que además reescribe la historia transformando lo que realmente ocurrió. El mismo José Manuel Rivas Groot corrige lo dicho por Vergara y hace un recuento más fidedigno:

No fue el Virrey quien se presentó a notificar a los Jesuitas la orden de la expulsión, sino los jueces ejecutores nombrados al efecto, y que eran el Oidor don Antonio Berástegui y el Fiscal don Francisco Antonio Moreno y Escandón. Leído el Real Decreto el padre provincial lo tomó en sus manos, lo besó y dijo que lo obedecían como fieles y leales vasallos de su Majestad. (Rivas, 1869, p. 81)²²

La figura axiológica y ejemplificante de los jesuitas creada por Vergara, evidencia un fragmento fundamental del *epos* patriótico ideal: la Iglesia y el espíritu religioso. En el caso de una identidad nacional referida más al aspecto histórico y político de la Independencia, Vergara narra de igual forma la vida y la labor tanto literaria como social de Caldas, Zea y Núñez. En primer lugar, expone el modelo contextual que sustenta su narración: España y el Nuevo Mundo se comunicaban como un carcelero con sus prisioneros, y sumado a eso:

[...] de esta comunicación pueril con todo el mundo civilizado se esperaban grandes resultados, el principal de ellos, el que no perdiéramos la inocencia, es decir, que no habláramos de libertad, ni derechos, ni supiéramos que nos tocaba una herencia intelectual. Como si estas cosas se pudieran ocultar a los hombres. (Vergara, 1867, p. 145)

Luego de la causa contextual, aparecen los antagonistas que impulsaron, sin quererlo, la caracterización de Caldas, Zea y Núñez como héroes, ya que,

[...] tras un Gurior intelectual e ilustrado, que daba expansión a los espíritus, venía un Flores o un Piñeros, tiránico y apocado, que los deprimía. Ezpeleta abría un camino a la Ilustración y las aspiraciones, y Amar, su imbécil sucesor, acertaba la rienda. (Vergara, 1867, p. 146)

La decadencia del absolutismo ilustrado en España, la llegada de virreyes tiránicos y la evolución que se detenía intempestivamente crearon el ambiente propicio para el surgimiento de los héroes que gestaron la Independencia y que se identificaron con la conciencia colectiva de un pueblo oprimido y secuestrado. «Los restos del naufragio», como denomina Vergara al periodo posterior a la Emancipación, es el escenario donde entran en contradicción con la sociedad que les vuelve la espalda.

22 *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada* fue publicada por primera vez en 1869, por la imprenta de Medardo Rivas.

A mediados del siglo XIX, un número considerable de historiadores de la literatura fijó sus ojos en las figuras ejemplificantes. Más allá de querer fortalecer la función didáctica y aleccionadora de la escritura, los episodios biográficos del drama unificaron en una línea narrativa la dispersión de acontecimientos múltiples y heterogéneos que trataban de resolverse en la narración: «La solución debía ser la amplificación desmesurada de la identidad personal, el desbordamiento del cauce biográfico y su adopción como microcosmos o como representante simbólico de una entidad colectiva» (Colmenares, 1989, p. 60).

En el caso de Vergara, la misión del héroe, desde Quesada hasta Núñez, es la misma: configurar la nación sobre pilares sociales fuertes, que debían reflejarse en la literatura constituyéndola como una base segura y autónoma: «La función de la literatura, como la función de la lengua, es, pues, en el período de la emancipación, una función de legitimación de las naciones recientes, de afirmación de la autonomía que está construyendo el Estado» (Pizarro, 1994, p. 26).

En este sentido, existe una identificación inmediata entre héroe e historia. De este modo, se genera una relación alegórica entre el personaje y los acontecimientos. Ejemplo de ello es la descripción que hace Vergara de Rafael Núñez: «No fue un hombre, fue una misión, criollo de pasión innata» (1867, p. 148). Un misterio que coexiste en la representación colectiva del héroe en monumentos intocables y dignos de la memoria del pueblo: «La objetividad del historiador consistía, entonces, en conciliar imágenes opuestas o en dotar de una coherencia nacional, es decir, por encima de los partidos, una imagen que todos pudieran compartir» (Colmenares, 1989, p. 66).

A su vez, Vergara toma una idea colectiva y fragmentada, generando en su obra una *illusio* de totalidad que se impregna en el recuerdo nacional²³. Caldas, Zea y Núñez representaban la necesidad de un pueblo que emergía de un naufragio largo y devastador. Todo en él estaba concluido por ser una imagen de la realidad, una alegoría que se consumó en sí misma, en su representación; adquiriendo su voz a través del mismo autor. Pero, por otro lado, los individuos expuestos por Vergara se sitúan en el umbral, en momentos de transición como la Emancipación, es decir, la lucha contra el sistema monárquico y la subsiguiente condena a muerte.

Es por esta razón que los héroes de la Independencia jamás protagonizan su fin en el patíbulo, por el contrario, solo esperan su viaje hacia el calvario. Las descripciones se vuelven analogías de los cuadros heliográficos de los mártires religiosos: el eterno presente del sacrificio por una causa común, llámese fe o libertad. La presentación que hace Vergara de la muerte de Camilo Torres es un buen ejemplo de este todo elegiaco y de la comparación de los letrados con los santos y mártires:

²³ En aquella forma política de ejercicio del recuerdo, todo acto de memoria podía ser legítimamente y percibido como acto de oposición y resistencia al poder. Recordar la Independencia, desde una visión conservadora, garantizaba la legitimización del proyecto de nación que defendía el autor. Ver: Tzvetan Todorov (2000).

Sus cabezas fueron puestas en jaulas de fierro en la Alameda [se refiere a la muerte de Camilo Torres y Manuel Rodríguez Torices en 1816], como la de Cicerón en los Rostros o la de San Anastasio, y permanecieron allí hasta el 14 de octubre, cumpleaños de Fernando VII, en que Morillo les concedió indulto y permitió que las sepultasen. Ambos, muestra de valentía y piedad, con las manos cruzadas en oración y con los ojos abiertos como los más denodados de los mártires. (Vergara, 1867, p. 100)

Como los santos, los héroes de la patria poseían un carácter radical específico nacido de la presencia de España, la Iglesia y la educación recibida por los criollos. Zea, por ejemplo, es descrito como un hombre gallardo de buenos modales y moral intachable, en pocas palabras, buen cristiano. Sin embargo, Vergara no olvidaría que Zea fue un crítico acérrimo del sistema educativo imperante en la época. Para Zea, la limitante educación religiosa, con ecos escolásticos, resultaba inútil y pomposa; muestra de ello es la publicación hecha por Francisco Antonio Zea en el *Papel Periódico de Santa Fe* en 1791, en los números 8 y 9 del Aviso de Hebephilos, “A los jóvenes colegios sobre la inutilidad de sus estudios presentes, la necesidad de reformarlos, elección y buen gusto en los que deben abrazar”.

Vergara se unió a la petición de Zea, la defensa de las ciencias aplicadas con el objetivo de manejar y acrecentar las riquezas materiales de la República: «Invito a la juventud a abatir y ridiculizar los encaprichados egoístas en cuyas bocas sólo se oyen adverbios, distinciones y silogismos» (Zea, 1791, p. 62). En su escrito, este personaje, también denunció la decadencia de la enseñanza del latín y del propio español, la ausencia de cátedras referidas a ciencias naturales. Tanto para Zea como para Vergara, el silenciamiento del conocimiento no era más que otra forma de represión imperial y un gravamen para alejar a los pobladores de su país: «[...] manteniendo los entendimientos en la más ignominiosa esclavitud no les da ni siquiera la libertad de recorrer la campiña para ver la grosera agricultura y tantas cosas que deberían ser el objetivo de nuestras tareas como nacionales» (Vergara, 1867, p. 204).

Las diatribas constantes de Zea contra todos los signos de represión y aquietamiento intelectual son presentados por Vergara como el nacimiento inminente de una oposición histórica: civilización y barbarie. El héroe nacional de Vergara constituyó en sí mismo el triunfo de la civilización sobre la barbarie que, en gran parte, fue resultado de la autoformación intelectual. Los nuevos pensadores no podían depender de los sistemas educativos generados por el imperio hispánico y debían encontrar en las bibliotecas particulares todo el conocimiento que requerían.

En virtud de lo anterior, las reacciones en contra del autodidacta Zea no se harían esperar y serían documentadas por el mismo Vergara como «un modo aprehensivo y terrible que engañaba las cabezas de quienes tenían un levantamiento en contra de la ignorancia» (1867, p. 206). La crítica a los métodos escolásticos y la defensa de los estudios prácticos formaban parte recurrente del discurso desde José Celestino Mutis en 1762, pero seguían constituyendo una voz disidente de la oficial. Vergara

había presentado todo un escenario para sus héroes reafirmando constantemente su espíritu revolucionario e independiente.

Este espíritu no podía ni debía desprenderse nunca de la Iglesia, puesto que de allí surgía la convención sobre los orígenes nobles de los héroes. De tal forma, la narración del personaje como ente discursivo debía reflejar los valores y la axiología del colectivo, tener nobles raíces y reconocer a la Iglesia como paradigma de la civilización. Vergara elevó la importancia de estos héroes dentro de la pervivencia del legado: «La personificación del héroe como historia viviente de sus rasgos como otras tantas partes del ser colectivo, se observa, sobre todo, en el tratamiento de los héroes fundacionales» (Pizarro, 1994, p. 66).

Para Vergara, José Celestino Mutis fue la piedra angular del discurso en contra de los modelos monárquicos; Caldas, el heredero del sacerdote español; Zea, la germinación intelectual de la Emancipación; Núñez, la praxis social y material de la Independencia. Si bien el héroe no debía entrar en una contradicción irreconciliable con su propio mundo social, en cuanto era la encarnación más pura del ser colectivo, los hombres que conforman la *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*, se convierten en «los restos de Naufragio», los sobrevivientes del fracaso. La narración biográfica se transforma en un relato confesional que brilla sobre el desastre político y que convierte en héroe no solo al personaje, sino a lo que representa²⁴.

El papel de representatividad del héroe de una comunidad imaginada se debatía en un conflicto entre la «libertad» como fruto de una cultura y el de una mera independencia política que encerraba una serie de factores corruptos y con rasgos de colonialismo. Los héroes no niegan en ningún momento la incursión de elementos intelectuales y culturales europeos, como la literatura y la ciencia. Sin embargo, Vergara propone un lineamiento histórico donde los principales motores y determinantes de los hechos históricos son representados por personas; tendencia que convierte la lectura del hecho literario en un elemento de glorificación; las obras que se reconocen como válidas son aquellas producidas por una estirpe de héroes que el historiador glorifica. En la lectura misma de los documentos, Vergara tenía que atender a los prejuicios populares y no a la verdad: «Héroes y caudillos utilizados como una galería de modelos edificantes, podían enmascarar o brindar una representación inexacta de fuerzas y conflictos» (Romero, 1978, p. 10).

Ocultar conflictos como el movimiento secular que nacía en Colombia, evidenciaba que la Independencia no había sido cuestión de héroes con un aliento de santidad, sino que estaba inscrita en un proceso más vasto que se regía por una ley impersonal y general de progreso. Las letras recibían el influjo de Europa, en concreto de Francia e Inglaterra, relegando a las españolas a un plano de primitivismo creativo.

24 De acuerdo con Mijail Bajtín, la escritura biográfica se basa en el determinismo social que justifica la realización vital del héroe; por esta razón debe existir una unidad orgánica entre el argumento y el personaje, deben estar hechos de una sola pieza (1986, p. 144).

Un buen reflejo de esto es la fuerza inusitada que adquirieron el utilitarismo y el sensualismo, dentro de los círculos intelectuales de la nación, fenómeno que preocupó a Vergara durante el transcurso de su vida²⁵. El solo hecho de pensar en otro modelo moral, diferente al ofrecido por la Iglesia católica y estéticamente distinto al español, resultaba para el autor en el decaimiento de la esencia nacional. La visión de las materias literarias era para los sensualistas, muy distinta a la didáctica que promulgaba Vergara y en general el pensamiento conservador²⁶:

En este contexto la estética vino a desempeñar la función de mediar entre los hombres, entre los individuos. Su problema fundamental estribaba justo en la búsqueda del modo de fundar la objetividad sobre la subjetividad, la trascendencia sobre la inmanencia. O, en otras palabras, la estética, como la ética y la política, representaba entonces la pregunta, tantas veces formulada: ¿Cómo pensar los rasgos de una sociedad que pretende partir de individuos para construir lo colectivo? (Condillac, 1964, p. 115)²⁷

Desde la visión de los sensualistas y utilitaristas, la misión providencial del héroe queda reducida a algo puramente circunstancial. Pero la presentación del caudillo como mesías social, político e intelectual, era la que Vergara quería y necesitaba reflejar; engrandecer la figura para ocultar la debilidad de su visión: «En los historiadores hispanoamericanos había una curiosa limitación en la elección de los rasgos heroicos. El héroe no encarnaba toda la gama de las potencialidades humanas, sino simplemente las de la voluntad» (Romero, 1978, p. XX). Los personajes que conformaban el inventario de las letras nacionales representaban el pacto con el que se constituye una sociedad; por lo tanto, su exposición era la presentación de todo un sistema colectivo tradicional.

En este orden de ideas, cualquier punto de divergencia constituía una amenaza a un discurso histórico y estético. El estandarte de la herencia de los principios

25 La postura de Vergara pendula constantemente entre una defensa de la tradición impuesta y de algunos rasgos de un nuevo comienzo. Sin embargo, siempre concluirá que la herencia hispanófila es el punto cero de cualquier cambio generado en suelo nacional. Es este sentido, resulta imposible e ingenuo analizar la dinámica del canon en la obra de Vergara como un terreno homogéneo, sin aristas y bemoles que nos demuestran que el canon, como mecanismo de memoria, debe ser visto desde sus variaciones.

26 Etienne Bonnot de Condillac (1715-1780). Nacido en Grenoble (Francia) y educado por jesuitas, fue un sacerdote ilustrado que bebió de las ideas de Locke y se opuso al radicalismo. Representante principalísimo del sensualismo, señala como principio central la sensación de la cual resulta la atención y, de ella, todas las facultades intelectuales. Fue el empirista español Félix Varela quien trajo los principios de este movimiento a suelo hispánico.

27 La *Lógica y extracto razonado del tratado de las sensaciones* fue publicada por primera vez en 1796 en Francia. Sabemos que hacia 1819 el sacerdote cubano Félix Varela (1788-1853) hizo la traducción y transcripción de esta obra, la cual fue pieza fundamental del Proyecto de instrucción para el gobierno económico político de las provincias de ultramar que fue el principio para la propuesta de un plan de estudios más cercano a la ciencia y a la filosofía empírica en La Habana. Una vez Francisco de Miranda introduce la imprenta en Venezuela hacia 1806, múltiples textos sensualistas y utilitaristas comienzan a ser impresos, tal es el caso de la obra de Condillac que ve la luz con un tiraje de 50 ejemplares en 1823. Andrés Bello es uno de sus principales lectores y reseñadores; de acuerdo con Carlos Valderrama (1989), la introducción de Condillac en la academia colombiana se vincula con el nombramiento de Ezequiel Uribechea (1834-1880) como director de la Escuela de Ciencias en 1868, su preocupación por generar una apertura al conocimiento científico convirtió al filósofo francés en una lectura obligada.

fundacionales era definido por Vergara a través de la literatura que reflejaba aquellas estructuras originarias de la comunidad: «Pero todos estarán en estado de permanente alerta frente a las amenazas que pudieran cernerse sobre las estructuras y sus fundamentos, a través de los cambios que, aún incipientes, delataran sus posibles proyecciones radicales» (1867, p. 10).

Es de esta manera como Vergara siembra la tradición en las figuras angulares de la historia cultural y política colombiana. La tradición subsiste en las alegorías y monumentos que genera la *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*. Vergara encuentra en Caldas, Zea y Núñez, a los arcontes que preservan las estructuras básicas y la integridad de una identidad nacional. Los héroes no entraban en profundas contradicciones, solo devolvían a los acontecimientos un orden natural e implícito en la tradición. Las pugnas que desencadenaban los cambios y la entrada de nuevas corrientes ideológicas, no fueron asumidas por el pensamiento conservador como una lucha social sino de linaje, una lucha entre apellidos y hombres «ilustres».

Sin embargo, ¿no es una contradicción que estos tres personajes lucharan en contra de la voz hegemónica y monárquica española? La explicación se encuentra en los lineamientos del pensamiento conservador. Dicha corriente no fue homogénea, dependía del contendor y la respuesta a los cuestionamientos de los «nuevos». Vergara pelea en contra del utilitarismo de la literatura francesa e inglesa, pero también lo hace en contra de la Colonia y su represión. La idea de tradición consistía en liberarnos de los españoles, pero no de la lengua y la religión que debían ser acogidas como propias. Caldas, Zea y Núñez representaban esta propuesta: «Intelectuales y abiertos, ávidos conocedores de la lengua y la literatura española, cristianos declarados pero dispuestos a renunciar al carcelero español para crear un estado libre» (1867, p. 204).

A Vergara le preocupaba que la creación de una tradición que sustentara la identidad, no tuviera una base legitimada por la historia el sustrato indígena, desconocido por él, no era, de ningún modo, un punto de partida suficiente. España y el Nuevo Mundo habían hecho un pacto remoto en el que la Península daría los cimientos y nosotros los edificaríamos:

En el fondo, el pensamiento conservador era esencialmente pragmático. Consideraba que la realidad –en todos sus aspectos: socioeconómico, político, ideológico, religioso– era algo dado y constituido en un pasado remoto, por obra divina, o acaso, por un pacto social, que debía mantenerse inmutable o con el menor cambio posible. (Romero, 1978, p. 14)

Por otra parte, el pensamiento conservador acogió, durante la Independencia, principios propios de la tendencia liberal²⁸. Vergara optó por una corriente moderada que aceptaba

28 Como la Declaración de los Derechos del Hombre y la política republicana, antagónica a la Monarquía. Esta tendencia se distanció del conservadurismo «ultramontano», que pretendía restituir las estructuras que ya habían sido socavadas.

ciertos cambios de manera lenta y progresiva. La *Historia de la Literatura de la Nueva Granada* sirvió como respuesta no solo a los liberales, sino a los tradicionalistas que pretendían volver a los sistemas anteriores a la Independencia: «De esta manera la línea que podría llamarse del conservadurismo liberal entró en colisión con el pensamiento constitutivamente conservador, con el ultramontanismo y también con el liberal, lo cual lo obligó a defender su posición en varios fuertes» (1978, p. 15).

El pensamiento conservador adquirió, después de la Independencia, un tono nostálgico que buscaba en los poetas olvidados la raíz de un modelo que había dejado de existir: la del hidalgo. Caldas, Zea y Núñez representaban la proyección de un héroe que estaba dispuesto a dar su vida por una causa colectiva y que además era respaldado por la ley y el orden divino. Por esta razón, Vergara definía personajes con una biografía retórica y de un discurso cívico póstumo y conmemorativo que sustituyó al antiguo lamento; sus vidas son expuestas en la plaza pública, en donde resultaban seres abiertos en toda su plenitud; no había espacio para la vida interior privada, ni mucho menos para el silencio. Este mismo autor presenta individuos que reflejan fielmente la esencia del conservadurismo: todo debe ser tangible, real y objetivo, sin olvidar el vínculo eterno con la divinidad. Por tal razón, el autor critica toda expresión de naturaleza subjetiva que no tenga alguna utilidad adoctrinante:

Las expresiones raras que sientan al hombre solo, propugnando cosas que él solo puede entender. Señores a los que no les importan los problemas de su patria. Esa es la literatura que nos llega de Europa, ese es el embelesamiento de nuestros escritores que inventan soledades donde nadie las ve. Hidras de cien cabezas que obran bajo un designio ciego. (Vergara, 1867, p. 217)

Al tener certezas, se tiene fuerza, capacidad de gobernar y poner orden al maremágnum social. Pero ni Caldas, Zea o Núñez representaban, según la imagen expuesta por Vergara, al dictador que asume el poder como suyo, en cuanto su alma es noble y sus maneras y valores intachables; eran espíritus guiados por el carácter divino de la Iglesia. Así describía la esencia religiosa de sus individuos:

Nunca sintieron vergüenza por su amor a la Iglesia y cumplieron el consejo de San Pablo a los cristianos: “ocultan a veces su bandera los soldados que salen a morir: jamás los que salen a vencer”. Desplegaron su santa enseñanza, y flotó sobre los vientos de la contradicción y la tempestad. (Vergara, 1867, p. 219)

La presencia de estos próceres escritores guiados por la providencia divina, evidencia una dinámica que tiene su punto de partida en la figura del escritor-soldado encarnada por Gonzalo Jiménez de Quesada. Caldas, Zea y Núñez son sus hijos, la evolución de una tradición que reafirmaba los lazos de familia, cuyo punto de partida es el conquistador español y fundador de la capital colombiana (Guzmán, 2008). Pero dicha

figura se convierte en paradigma cuando su presencia abarca un gran número de las obras que tienen como objetivo historiar las letras nacionales²⁹.

Sin embargo, la dinámica del escritor soldado dentro de las historias literarias colombianas muestra un constante movimiento, una suerte de evolución que trae consigo la función y el cambio de los imaginarios en el proceso de construcción de la tradición literaria nacional. Este «círculo de metamorfosis» presenta el siguiente orden: escritor y soldado; soldado a prócer escritor y, finalmente, de prócer a intelectual³⁰. En consecuencia, la historia de la literatura escrita por Vergara y Vergara inaugura una caracterización del escritor soldado que permanecerá por tiempo considerable en el corpus de las historias posteriores.

LA BIBLIOTECA ES LA NACIÓN: PRINCIPIOS DE LA MEMORIA NACIONAL

Si bien la presencia de la literatura dentro de la educación y en la conformación de un imaginario en torno a la Independencia fue capital dentro de la primera historia de la literatura colombiana, los parnasos y las antologías contribuyeron de manera significativa al orden ritual propuesto por los letrados. Según Julio Ramos (2003), estos espacios selectivos de obras literarias se constituyeron a partir de la invención de la ciudadanía. Los parnasos fundacionales se convirtieron en lugares en donde se creaba literariamente; esto es, re-crean una nueva sensibilidad y sentimiento de pertenencia grupal, de responsabilidad individual y comunitaria.

En consecuencia, los parnasos, las lirias y las antologías tuvieron como uno de sus objetivos salvar del olvido la escritura poética de sus antepasados; también aspiraron a un fin más complejo: conferirle cuerpo de letra al imaginario de la nación. A través de una recopilación monumental, puesto que estas obras pretendían generar la recordación de estos escritores dentro de la memoria colectiva, los poemas que lo conformaban se convertían en monumentos dignos del prestigio y de la tradición:

29 En el presente trabajo haremos referencia directa a la *Historia de la Literatura de la Nueva Granada* (1867) de José María Vergara y Vergara, y a la *Historia de la Literatura Colombiana* (1938) de Antonio Gómez Restrepo, publicada por la Imprenta Nacional. Estas dos obras resultan ser las más importantes y representativas de los inicios de esta tarea. Para ampliar el periplo del escritor soldado en otras historias ver: Guzmán Méndez, Diana Paola. (2008). El Escritor Soldado: la configuración de una identidad ideal en las historias de la literatura colombiana. En *Alpha. Osorno*, núm. 27, diciembre de 2008, pp. 167-184. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_issueoc&pid=0718-220120080002&lng=es&nrm=iso

30 Para Paul Ricoeur (1998), una figura se convierte en paradigma cuando a lo largo del tiempo ha experimentado distintos procesos de «implantación» en la memoria colectiva. Dentro del relato histórico, el personaje experimenta una serie de metamorfosis en los imaginarios colectivos: innovación, estabilidad y decadencia. En el caso de la figura del escritor soldado dentro del relato histórico, su *presencialidad* como paradigma, se evidencia en la pervivencia a lo largo del desarrollo de la historiografía literaria. Dicha permanencia trae consigo cambios que tienen como objetivo generar una imagen perdurable dentro de la conciencia nacional.

«estos parnasos fundacionales apostaban a la inscripción del monumento y se jugaron al aura sagrada de la escritura» (Achugar, 1998, p. 40).

Estas obras inauguran una tradición devenida de la épica independentista: la lectura de una tradición. Publicaciones como *La lira Granadina* (1860)³¹, crestomatía que recoge veintidós poetas nacionales, si se quiere, representa de modo cristalino una dinámica de selección que perpetúa trascendentalmente los valores culturales, políticos, sociales y religiosos de las clases letradas y del pensamiento cristiano conservador³². La presencia del ideario conservador y su propuesta de periodización es análoga a la de *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*; parten de la Conquista y principio de la Colonia, además, sigue al pie de la letra la propuesta de Vergara en su *Historia*: «El tiempo que faltaba para completar aquel siglo, lo emplearon nuestros padres en su grande y laboriosa tarea de conquistar un país inmenso, domar tribus belicosas y fundar ciudades, con lo cual consumaron su gloriosa usurpación» (1860, p. 1).

De este modo, la nacionalización del pasado colonial se erige como punto de partida de la *Historia* y *La lira Granadina*, con lo cual se cumple con el objetivo de reafirmar la idea de progreso que se siembra en un pasado oscuro, que los obligaba a «dar cuenta desde entonces de nuestra literatura, que no pudo existir durante aquel siglo laborioso y guerrero» (p. 3). La *historia* propuesta por Vergara se convierte en una suerte de biblioteca, una antología que reafirma que el relato histórico no es solo un texto, sino una causa ausente, accesible solo como narración; por tanto, abordarla, pasa necesariamente por una previa «textualización» y su «narrativización» en el inconsciente político (Jameson, 1993).

Si evidenciamos la creación de una biblioteca surtida como un inventario antológico, encontramos una forma colectiva intratextual que exige una reescritura o mejor una reelaboración de textos ya existentes y clasificados en conjuntos nuevos. Su «narrativización», como lo expone Jameson, convierte a la lectura en punto de partida y llegada, ya que el historiador-antólogo se lanza a la facultad de dirigir las lecturas de los demás, interviniendo en su recepción y anunciando su interpretación; al modificar el horizonte de expectativas de sus contemporáneos, se convierte en un supralector de primer rango (Guillén, 1985).

Este supralector, por ejemplo, presenta al Descubrimiento como lugar de enunciación de la civilización, con lo que inaugura un espacio posible de tradición. Así, la obra de Vergara se ubica entre dos naturalezas: en el terreno de la historia y en el de la proyección de las obras que recoge. En el primero, reconstruye una idea de literariedad, una

31 Prologada y seleccionada por José Joaquín Borda y José María Vergara y Vergara, editada por la Imprenta El Mosaico.

32 Es curioso encontrar que la mayoría, sino todos los poetas escogidos por Borda y Vergara, hayan ocupado lugares privilegiados dentro del mundo político colombiano. Por ejemplo, Julio Arboleda, Gregorio Gutiérrez, Andrés María Marroquín, fueron representantes a la Cámara, alcaldes municipales. José Manuel Marroquín ejerció la presidencia de la República entre 1900 y 1904. Aunque en su mayoría los escritores presentados ocuparon cargos públicos, los que no lo hicieron, fueron profesores y traductores. Una característica compartida por todos es la fundación y participación en periódicos políticos y literarios como el *Álbum Granadino*, *La Guirnalda Granadina*, el *Correo de las Aldeas* y, claro está, *El Mosaico*.

propuesta de periodización del hecho literario que va ligado al avance social y político; aquí, la sucesión de textos propuesta por el historiador, fundador de la biblioteca de la nación, genera una dinámica y una práctica textual estructurada en parejas jerárquicas como centro/periferia; primario/secundario; canónico/no canónico. En el segundo espacio –la proyección–, tiene lugar el terreno de la actualidad y del futuro, al elegir un punto fundacional perfila un futuro poblado por los textos designados para fungir como norma también de la posteridad; con ello da nacimiento al limbo canónico, es decir, a una especie de no lugar de los textos relegados inevitablemente al olvido.

Es así como la escritura de la historia no se limita a una organización de los periodos, sino a un enfrentamiento directo contra el olvido³³:

El historiador no es un mero reflector del pasado, sino quien expresa o practica una idea de la literariedad, fijando géneros, destacando modelos, afectando el presente del lector, y sobre todo, orientándole hacia un futuro. Nos hallamos en este caso ante un crítico y un supralector a la vez: crítico por cuanto califica y define lo dado, supralector, por cuanto ordena y redispone lo dado, actualizando sistemas contemporáneos, impulsando lo que se dará. La opción entonces es ser o no ser un antólogo, es decir, un «yo» que deja de ser privado y aspira a ser nosotros. (Guillén, 1985, p. 417)

De este modo, el supralector, al que hace referencia Guillén, presenta el comienzo de una tradición propuesta desde la Colonia misma que es descrita por Walter Mignolo como una epistemología fronteriza; pero esta –como el propio nombre lo indica– ha estado reprimida a lo impuro y lo mixto, frente a las teorías que defienden la unidad del idioma, la pureza de la sangre y de una razón no «contaminada» por las emociones³⁴. Es así como se va configurando una idea de lo literario desde su función civilizadora, una flor que crece en medio del caos.

El orden que propone la presencia de la literatura es una suerte de tradición que puede ser leída desde su origen hasta su punto más alto: la Independencia y la ciudadanía, representación fidedigna de la presencia del poder político y religioso, cuya episteme resulta ideal para poner de manifiesto la eficacia del poder hispánico

33 Para Wendell Harris, existen dos categorías propias en la dinámica de selección canónica: para aquellos autores que persisten dentro del canon oficial y diacrónico, nunca desaparecen de forma radical de la perspectiva literaria, siempre ocupan un lugar dentro de ella, de manera directa y persistente, les corresponde el *cielo canónico*. Para el corpus que es olvidado por los procesos de selección e implantación, Harris propone un *limbo canónico*. Para ampliar estos conceptos, ver: Harris, Wendell. (1998). Canonicidad. En *El canon literario*. Madrid: Arco/Libros, pp. 37-61.

34 Al concebir la Colonia como pensamiento fronterizo es posible generar una doble crítica, pues se aleja de las contraposiciones dicotómicas, exterior-interior, para posicionarse críticamente tanto frente al fundamentalismo occidental como al de un país periférico (a menudo resultado de procesos nacionales tras las experiencias coloniales y como modo de ubicarse en el marco de fuerzas internacionales). Ello implica posicionarse ante ambas tradiciones de pensamiento y, simultáneamente desde ninguna de ellas, lo que permitía alejarnos de la narrativa histórica lineal occidental y, lo que es más importante, cuestionar su epistemología. Para Mignolo (1995), hoy se instala una «Razón Post» imperial, occidental, colonial, donde las historias comienzan a contarse desde abajo hacia arriba, considerando otros lenguajes y otras historias, además de «las del amo».

sobre la «barbarie» americana. Como lo explica Antonio Cornejo Polar, la Colonia es el escenario iniciático de una serie de identidades fundadas en lo hegemónico; por esta razón,

[...] la literatura colonial hegemónica fue en buena parte una fastuosa faceta del ritual y el espectáculo del poder, no solo por sus significados explícitos sino también por sus modos de representación que de una u otra forma, cualquiera que fuera su género, semejaban ser fastuosos o sutiles montajes teatrales cuya principal dinámica era expresar la necesidad de una sola lengua, una sola raza y claro, un solo Dios. (1994, p. 12)

De este modo, se presenta una tradición de lectura y una lectura de la tradición. El historiador-antólogo cumple una especie de papel análogo al del productor cultural; debe entronizar en las esferas de poder el hecho literario hasta institucionalizarlo y garantizar su pervivencia a lo largo del tiempo; su lucha es la de la hegemonía discursiva, la de generar una tradición retórica creíble que no riñera con la axiología social. Retomando a Ángel Rama (1984), el letrado se convierte en un instrumento que consolida no solo la tradición como expresión de poder, de nación blanca y masculina, sino que estructura y propone una de «orden de los signos». Es evidente entonces que la lectura de la tradición no es otra cosa que la institucionalización de la producción literaria, a través de su presencia en la historia literaria y de las modelizaciones discursivas en defensa o en contra de la tradición:

El proyecto homogeneizante y unificador del imperio se lleva a cabo, en efecto, a través de la implementación de discursos institucionalizados que, desde los espacios de la administración, la corte y el convento, definen y limitan las prácticas sociales, regulando las relaciones entre el espacio hegemónico de los dominadores y el ámbito satánico, fronterizo o simplemente marginal de los sectores populares precariamente articulados al aparato del poder. (Morán, 1994, p. 44)

Así, por ejemplo, Vergara inaugura una biblioteca de la nación que se hace accesible solo para algunos, un archivo que resulta punto fundacional de la memoria nacional, la cual requiere, además, de una clasificación y sistematización de los materiales que la conforman. Para que dicho objetivo llegue a cumplirse es necesario nacionalizar el pasado colonial y convertirlo en parte fundamental del proceso de evolución. Vergara se sitúa como un modelo de autoridad que persigue la posteridad académica, pero para poder detentar dicha posición debe convertirse en un *individuo ideal*.

Esta categoría, la del individuo ideal, exige la confluencia de calidades de orden teórico y filológico –precisión, claridad, severidad y conocimiento de los textos–, junto con otras de naturaleza más subjetiva –sensibilidad y gusto–. Ahora, y como lo afirma Jameson (1992), ninguna memoria ni literatura nacional es concebida como un hecho empíricamente dado, por el contrario, obedece a una construcción ideológica del sujeto social que traspone en ellas sus intereses y enmascara sus

contradicciones³⁵. El pensar una biblioteca que defina o mejor aún que sea la nación, convierte la historia en discurso al indicarle qué decir y cómo decirlo.

En este sentido, el historiador como crítico y lector idóneo debe tener la *autoridad de la incumbencia* para cumplir con la misión de enunciar el punto cero de la tradición, para proponer una evolución de las letras entre uno y otro periodo; esa tal vez es la función principal de publicaciones como la *Historia de la Literatura de la Nueva Granada* y de *La Lira Granadina*³⁶.

Otra exigencia de dicha autoridad es tratar de buscar elementos que unifiquen esta biblioteca en cuanto archivo, como lo explica Beatriz González Stephan, una de las particularidades del pensamiento conservador es la estructuración de la literatura nacional, fundamentada por el principio de unión lingüística –una lengua, el español– y es justamente el espacio de la Colonia donde la presencia de esta unificación hace presencia, desde allí la nación pretende ser una sola: «Es evidente cuan arduo fue asumir que cualquiera de las literaturas nacionales debía establecerse en la literatura española, y, por lo tanto, también establecer sus vinculaciones con el pasado colonial» (1995, p. 3).

Pero si bien la apropiación del pasado colonial se constituyó en una de las principales tareas de los conservadores, también se convirtió en el contexto más claro para evidenciar sus conflictos con los liberales. En la esfera cultural, la disputa entre unos y otros se hizo evidente en la interpretación del periodo colonial. Ambos polos necesitaban mitos de origen y de destino, indispensables para justificar su existencia y su proyecto nacional. Los conservadores, por un lado, encontraron en el periodo colonial los fundamentos de la nacionalidad; España había traído el castellano y la religión católica y había construido un sistema centralista, que aunque dependiente de la Corona, unificaba al país.

En suma, España había incorporado a la civilización –al destino de Roma– los pueblos de América. Los liberales, por el contrario, proponían un modelo de superación de dicho pasado, que devino en la interpretación negativa y de exclusión de la Colonia como base válida de la nacionalidad; así lo señala Leopoldo Zea (1988), quien presenta este contradiscurso como uno de los pilares fundacionales del pensamiento criollo hegemónico, encargado de cimentar el nuevo sentido de la subjetividad nacional.

35 Con anterioridad, Homi Bhabha (2002) había anotado que al pensar la nación como una narración ordenada a modo de biblioteca, encerrada en una historia de la literatura, como es nuestro caso, se establecen sus fronteras culturales y se hace posible el reconocimiento de estos textos, como contenedores y/o umbrales de sentido que pueden entrecruzarse, borrarse o contradecirse en el proceso de su clasificación cultural.

36 Este concepto lo define el teórico Northom Frye (1986) como la autoridad de un grupo dominante en la boca de sus elegidos. El antólogo pertenece al sector hegemónico, y es este el que lo elige para multiplicar su discurso, valores e ideario. Resulta interesante que el primero de los antólogos de *La lira Granadina*, José Antonio Cualla, conocido como «el generalísimo de los impresores de Bogotá», haya sido uno de los «editores» o dueños de imprentas más poderosos de la centuria del XIX, entre sus publicaciones se cuenta el periódico *El Día* (1840-1851); igualmente fue vocero del partido conservador y fuerte opositor del presidente liberal José Hilario López. José María Vergara y Vergara, caracterizado por tener una fuerte filiación católica y conservadora –como ha sido enunciado con anterioridad–, es el escritor de la primera historia de la literatura colombiana, hecho que le significó un gran reconocimiento en su época; además fundó la Real Academia de la Lengua (1871) en nuestro país.

Si bien para los conservadores España constituía una madre protectora que envió a *nuestros padres*, el liberalismo propone un cuerpo discursivo en el que se acentuó el mito de tres siglos de explotación y de una madre perversa que no se preocupó por sus hijos americanos. Fue de este modo como aquella leyenda negra del periodo colonial resultó en una exaltación del pensamiento liberal europeo y estadounidense, de la filosofía de Bentham, de la separación de la Iglesia y del Estado, de la educación laica y del federalismo.

Con el triunfo del movimiento de la Regeneración, el conservadurismo pudo imponer un modelo de Estado nacional de carácter excluyente y ultraconservador, así como un sistema legal materializado en la Constitución de 1886, que le permitía aplicar la condena que la Iglesia católica había hecho al liberalismo³⁷. A partir del conjunto de leyes y normas se prohibieron las sociedades secretas, se expulsaron a los profesores liberales de los colegios, se establecieron juntas de censura y se legitimó el *Índice*, listado de libros considerados malos que la Iglesia prohibía a su feligresía³⁸.

Sin embargo, la nacionalización y legitimización de ese pasado colonial adelantada por los conservadores marcó un pretexto para exponer una evolución periódica de las letras y una especie de evolución de las obras producidas a lo largo del tiempo. La historia de la literatura de Vergara se convierte en un catálogo, un mapa que traza la ruta segura de una nación resquebrajada y que guarda la brújula de esta cartografía imaginada: el canon.

La historia de la literatura es, entonces, un cuerpo organizado por la prevalencia de un canon que pone sobre la mesa una serie de *acontecimientos imaginarios* para convertirlos en hechos históricos que deben ser leídos como valores y acciones éticas. Así, en el ideario conservador existe una doble conceptualización de la barbarie; por un lado, una barbarie original, salvaje e irracional que caracteriza a los indígenas *mal domados* y que necesitaba de la espada española para tomar forma y poder cimentar un proceso civilizatorio. Por otro, una barbarie política, atribuida al pensamiento liberal, acusado de ser ateo y de privilegiar formas ideológicas foráneas.

En virtud de lo anterior, era necesario hacer hincapié en estos dos ámbitos para reafirmar la misión de los conservadores. Su misión no contemplaba la espada como arma principal, tenía entre sus herramientas más importantes la educación y, claro está, las letras. Gracias a la influencia definitiva de España, su fidelidad recompensaba a aquellos que eran formados por su gracia y que resultaban elegidos para modificar o generar la pervivencia de las estructuras hispánicas. José Luis Romero sitúa en lo

37 1886 fue un año decisivo. Se abandonó el régimen federalista, erigido sobre un ideal de libertad individual y absoluta consagrada en la Carta Magna de 1863. La nueva constitución que trajo consigo el triunfo de la Regeneración (1886), impulsada por Rafael Núñez (1825-1894), para quien el cambio resultaba fundamental bajo la idea de «regeneración fundamental o catástrofe», que propugnó la unificación nacional. La centralización política fue complementada con el restablecimiento de relaciones con la Santa Sede en 1887.

38 Quizás el hecho de que el católico que quisiese leer el liberal *Diario de Cundinamarca* debía tener dispensa eclesiástica y de que el liberalismo fuese considerado un pecado, son buenos ejemplos de los extremos a que llegaron el conservatismo y la Iglesia.

profundo de la conciencia colectiva este bibliotecario, enunciador y supra lector que es capaz de transformar las normas de su ideario en creencias:

Los estratos de la literatura, por ejemplo, son los que solemos llamar con mayor o menor precisión estructuras, y consisten en sistemas de vínculos y normas que, en distintos aspectos, rigen las relaciones recíprocas de los miembros de las sociedades, aplicándose a cada caso particular pero de acuerdo con vigorosos principios generales cuyos fundamentos arraigan en los niveles más profundos de la conciencia colectiva y tienen caracteres análogos a los de las creencias. (1986, p 10)

Esta perspectiva desde la cual los estratos de la literatura deben coincidir con una función casi religiosa de cimentar, dentro de la creencia del pueblo, el ideario conservador con sus normas y modos, se relaciona íntimamente con la concepción de periodización implementada por Vergara. Los sistemas en donde la literatura y sus producciones buscan posicionar un valor ético y político, concuerdan con un valor teológico de lo narrado. El asunto era situar a la biblioteca desde una génesis, cuyo origen fuera escrito por conjurados que asumían la misión de ser los primeros en plantear un proyecto de nación, constructores de una memoria periodizada por sus letras.

Dicha concepción ha predominado en la *intelligentzia* patricia y es la que define «pueblo», identificándolo históricamente con «nación». Su idea matriz es que el sujeto central de la historia de Colombia es una entidad socio-espiritual congregada por la existencia de un sentimiento de homogeneización interna: el de «patria». Este sujeto es, pues, una entidad única e indivisa que porta en sí misma la historicidad nacional.

Este sujeto indiviso tiene como una de sus funciones ser creador y conferirle un orden estético que perdure a lo largo del tiempo³⁹. Para Achugar, el estilo neoclásico que privilegia Vergara, tiene en su interior el tono ordenado de las constituciones políticas: «La ordenada escritura neoclásica de estos primeros parnasos intentaba realizar, en la esfera pública, la ordenación poética del imaginario de la nación» (1998, p. 51). La biblioteca/historia literaria debe ser muestra de este camino que, tal y como lo explica C. A. Diago Ayala, caracterizó la labor de los conservadores. Fue este grupo quien asumió, de cierto modo, la preocupación por la educación de un lego que tenía que ser protegido de las ideas liberales:

El partido católico en Colombia fue mucho más precoz en su organización que el partido liberal; los ideólogos de un ideal de república católica fueron más consistentes y perseverantes que los vacilantes ideólogos liberales. Las obras de José Manuel Groot, Sergio Arboleda, José María Vergara y Vergara, Manuel María Madieto, José Eusebio Caro, Miguel Antonio Caro, Mariano Ospina Rodríguez

39 Una de las funciones de la memoria nacional era sumar el orden jurídico al orden poético. Hugo Achugar hace notar cómo en Uruguay muchas de las antologías poéticas del siglo XIX y principios del XX, coincidían en fechas y autores con las reformas constitucionales. El caso de Colombia no es la excepción, *El Parnaso Colombiano*, recopilado por Julio Añez, ve la luz en 1886, año del triunfo de la Regeneración y de la redacción de la constitución política que marcó por muchos años la identidad legislativa y social del país.

y José Joaquín Borda, todavía mal estudiadas, fueron más densas y sistemáticas que las de los políticos liberales. Además, todas salvo la obra de Madieto (más cercano al igualitarismo cristiano de Lamennais) fabricaron una versión unánime y compacta de un conservatismo hirsuto, hispanista, jesuítico e intolerante ante cualquier asomo de modernidad liberal. (Ayala, 2007, p. 200)

Como lo afirma Ayala, es claro que las prácticas asociativas, como la traducción, las antologías y las historias de la literatura, junto con el recurso de la prensa de opinión y la capacidad de difusión de la red de impresores, libreros y escritores conservadores durante el siglo XIX, dejan entrever que la Iglesia católica y sus agentes laicos fueron mucho más audaces y activos en la disputa hegemónica del espacio público. Y es que precisamente ese espacio público puede traducirse en una memoria que debía conocerse en diferentes países, en distintas lenguas, y que tenía como característica principal la de excluir aquello que resultaba problemático.

Este aspecto es resultado de la Regeneración y de la hegemonía conservadora, que difundieron una restringida noción de democracia y un juicio muy adverso sobre aquello que no pudiera reflejarse en esta evolución mediada por la presencia hispánica: de la Conquista a la Colonia, y de la Colonia a la Independencia.

La historia literaria desde su raíz se concibe como una forma que aglutina no solo a manera de catálogo un grupo de autores, sino que es una parte fundamental de la vida literaria de una sociedad y pretende crear un *dispositio* textual. Desde esta perspectiva es evidente que la generación de una tradición literaria no se conforma por un simple reflejo de las costumbres y de la civilización en las obras, sino que un corpus reunido tiene como columna vertebral la formación de lectores que se traduzcan en ciudadanos. Por estas indicaciones, los futuros sujetos ideales deben ser estructurados a través de qué leen y cómo lo leen, es decir, en una suerte de formación del gusto se reglamenta mediante la visión estética del mundo como lo propone *La Lira Granadina*, la cual para Borda y Vergara no es otra que el neoclásico⁴⁰:

Ya sea por una disposición providencial, o porque realmente el orgullo de ser independientes despertó en el alma de nuestros padres las más nobles sensaciones; ello es que nuestra literatura no empieza sino en este siglo. Al comenzar los albores de nuestra libertad, comenzaron también a sonar las liras y las flautas pastoriles como despertadas por el ruido del cañón. Himnos a la Patria, al Amor y a todas las otras Divinidades del corazón, se escucharon desde entonces en todas nuestras selvas los cantos de tono clásico. (1860, p. 3)

40 Resulta curioso y diciente que en otros países del continente los antólogos e historiadores de la literatura estuvieran muy preocupados por crear una regla del gusto. El caso más ilustrativo es del nicaragüense Tomás Ayón (1889) para «quien [...] la regla del gusto se encuentra en los contrastes y en las variedades de la naturaleza; pero sólo el talento ilustrado descubre esas variedades y esos contrastes, y sabe presentarlos en toda su originalidad, sin esfuerzos que den a conocer la deficiencia del escritor, sin nubes que oscurezcan la idea, sin rasgos que imperfeccionen [sic] el cuadro; sino puros y simples como iluminados por el esplendente sol de las eternas realidades» (p. 12).

Pero el paradigma estético complementa el social, lo que se traduce en la Independencia como derrotero de una serie de recopilaciones poéticas que fungían a modo de eco de la construcción o voluntad de construcción del estado nacional; fueron los albores de la libertad los que despertaron la lira de los poetas. De esta manera, los lectores y los ciudadanos pueden confiar en el ánimo civilizatorio que empujaba a las élites de aquellos años, pues «[...] era necesario dotar la incipiente imaginación nacional de un discurso poético que contribuyera a consolidar el proyecto del país» (Achugar, 1998, p. 50).

La historia literaria, ordenada a través de la cartografía canónica, fundamenta un escenario desde el cual se explica la manera como una sociedad, en un determinado momento, perpetúa como norma estética una realización discursiva que intenta ordenar el «caos» que las ha precedido. En consecuencia, el supralector presenta a la Independencia y a sus hijos como los sujetos que narrarán mejor los procesos fundacionales.

La narratividad del punto culmen de la nación, la emancipación, no solo marcaba la pauta axiológica de los ciudadanos, sino también la reconstrucción de los procesos y rituales que fundaron la idea de nación independiente; en consecuencia, la geografía de estas publicaciones refleja una memoria negociada entre las necesidades del ideario dominante y los «elegidos». Así, la perspectiva de la nación como un espacio de negociación entre varios sujetos y de varios nacionalismos en juego queda excluida y se reafirma la concepción de un sujeto histórico colectivo que vivía y aseveraba la nación.

El objetivo principal de la historia literaria es la generación de una memoria compartida, respaldada por un discurso oficial e influyente, es decir, una memoria que permitiera recordar una nación en construcción: «La memoria nacional es compartida por gente que, aun cuando se ha visto o ha oído hablar del otro, se consideran como teniendo una historia en común. Esta gente está unida tanto por el olvido como por el recuerdo» (Gillis, 1994, p. 7).

A pesar de los lazos que pretende crear la memoria, las políticas de exclusión continúan reafirmando el poder del referente sobre aquellos que tenían derecho a la producción simbólica, a los actos de la enunciación, a la interpretación y clasificación que siguen siendo misión y privilegio de un grupo de hombres que ostentan el poder; de esta forma, el yo narrativo está destinado a los otros *yoes* que se le parezcan.

La memoria es un dispositivo escritural, posible solo desde el simulacro que genera el espejismo de una nación en donde todos son iguales. De este modo, la subjetividad que se configura está «dirigida siempre desde un centro, la que se alzarán como cúspide, punta de la pirámide que va a sustentar el todo mayor llamado “Nación”» (Figueroa, 2006, p. 260). La obra de Vergara es parte de la construcción de este todo y se convierte en alegoría imaginaria de la nación. Este juego monopolizador de una «identidad preclara y hegemónica» se asienta precisamente en el establecimiento de su diferencia: aquella que define a la «Nación» como «república, destino y poder de los iguales», previa segmentación y exclusión de las diferencias y de los diferentes.

En ese sentido, la vinculación que estrecha el canon a las historias literarias es fundamental. La discusión se sigue situando en los mismos pilares: qué enseñar y cuáles valores son los más representativos que deben transmitirse. Aún más, la geografía trazada por la historia se convierte en un ejercicio crítico, una labor hermenéutica de lecturas y relecturas; el resultado del conocimiento de una tradición y de las razones que llevan al historiador a protegerla. La élite simbólica, fundadora de ese *epos* patriótico, no solo reafirma la preponderancia de un discurso, sino la construcción artificial que resultaron ser las historias literarias, cuyo simulacro de representación colectiva se limita más bien al sustrato teleológico de continuidad entre pasado y presente.

De acuerdo con Ricoeur (1985), esta narrativa teleológica obedece a un deseo de legitimación de las narrativas coloniales como reproductoras de imperio, de sus formas de apropiación del espacio y del poder; también recoge estructuras que se reflejan en la necesidad de generar una recepción y una validez que supere el tiempo; el historiador no está tan interesado en la lectura presente de su selección, como en su paso a la posteridad: «El explorador tiene derecho no a la admiración sino a la piedad. No pide al pasajero un juicio crítico, que teme, sino un recuerdo afectuoso que desea» (Vergara, 1867, p. 49).

En este caso vemos que el deseo del historiador pendula entre la conformación de una nacionalidad literaria –producto de las letras como enunciadoras históricas de los acontecimientos– y una ilusión de continuidad situada en la repetición de la selección: «La totalización de las actividades humanas dentro de un continuum homogéneo e infinitamente divisible que no es sino tiempo del racionalismo cartesiano» (Ricoeur, 1985, p. 127).

Esta dinámica define, a su vez, la ubicación del canon en cuanto representante de ese *continuum*, y deberá concebirse desde lo que se preserva y lo que se socava; sin embargo, parcialmente se ubicará en la base de la nacionalidad, o mejor, de una «protonacionalidad». En consecuencia, los valores inmutables y aquellos que no deben aparecer en escena son la ruta que marca el canon dentro del mapa de la historia literaria o la antología; además debe coincidir con el punto de partida ontológico de la tradición y su legitimidad a lo largo del tiempo.

Finalmente, el genio nacional, el ciudadano ideal, estaba definido antes que las propias letras; la labor de estas es preservarlo, ordenarlo y recogerlo. La historia/biblioteca, desde esta perspectiva, es una historia del devenir en donde el enunciado en el que se explica y presenta una obra *A* está al servicio de la historiografía, en la medida en que una obra posterior *B* se encuentra involucrada en la lectura de *A* y en su evaluación (Danto, 2000). Esa historia situada en un pasado, presencia del devenir, compromete a la tradición a ser construida y preservada por el legado, la genealogía y el respeto al archivo que se convierte en semilla de los primeros brotes de libertad: «[...] estudiar con respeto los siglos idos, ver en el ayer los buenos gérmenes de lo santo que hoy tengamos, analizar la muerte para sorprender las causas determinadas de lo que miremos en lo vivo» (Vergara, 1867, p. 76).

DERECHOS DE MEMORIA: PRINCIPIOS PARA LA TRANSMISIÓN DEL LEGADO

Hemos visto que la historia literaria se convierte en un mapa, una cartografía de la biblioteca que es la nación y que la memoria es en realidad un dispositivo textual que legítima, a lo largo del tiempo, la *narratividad* del discurso y de los hechos. El legado ha nacido como eco movable de la tradición, su fisionomía ha sido trazada; ahora será necesario dejarlo claro para la posteridad que debe ganarse sus derechos de entrada. Resulta fundamental la aparición de un legatario que sea capaz de cuidar el archivo como el mejor de los arcontes y de alimentarlo sin perder de vista la ruta trazada.

Su primera tarea será la de recordar activamente, es decir, emular; emulación que construye una mirada futura del presente que no puede existir sin la presencia total del pasado. Así se garantiza que el canon no se limite a ser una *tabula rasa* de valores y gustos establecidos, sino que siempre esté en profunda relación con la tradición y una acumulación modélica que unifica el criterio de selección con el de valor: «[...] dicha certeza no es otra que la tesis de que la constitución de una cultura comienza a materializarse cuando es capaz de seleccionar y dispone, además, de individuos dispuestos y capaces de hacerlo» (Ruiz, 2007, p. 203).

Los primeros historiadores construyeron un árbol genealógico que sitúa al canon en su raíz, en un sistema de selección/valor, cuya función se centra en generar un corpus poblado de obras «clásicas». Sus voces marcan el destino de la nación, son hallazgos de un excavador que reafirma su autoridad sobre el olvidadizo lector. Vergara y, posteriormente, Roberto Cortázar y Gómez Restrepo recuerdan constantemente la culpa del olvido de la cual sufre el receptor; evidencian la forma como el público admite su error y brinda toda su confianza y fe en ellos; se transforman así en constructores de la memoria erigida sobre la lectura selectiva que actualiza constantemente el pasado, y en colaboradores fieles del canon preservado.

Su misión es la de reescribir la historia desde su selección, la cual se convierte en una ruta de interpretación, en el resultado de un lector de lectores. El historiador pretende superar la reunión autorizada de autores y convertir la historia/biblioteca en un capital cultural, un archivo público que demuestre un modelo de selección y de estabilidad de las obras dentro del canon diacrónico, es decir, deberá garantizar lo que ya Harold Bloom llamó la profecía canónica.

Podríamos sumar a esta profecía un estatus de las prácticas sociales ideales que al habitar un texto y su lectura, garantizan la estabilidad canónica propuesta en la obra de Vergara. Las prácticas sociales ofrecen un escenario idóneo cifrado en su preocupación por la posteridad y por el paso del tiempo, escultor del pasado y guardián del monumento; el legado será su más preciosa posesión, pero deberá garantizar que el tiempo y su movimiento, sus cambios y preguntas sigan encontrando en él una ruta de llegada. La memoria nacional, esencialmente escrituraria, presta para ser ordenada, de acuerdo con la intención ideológica de su clasificador, debe

enfrentarse a una memoria colectiva que la pone en entredicho y que necesitará de un representante para no perder el lugar que supuestamente ha ganado.

Roberto Cortázar, por ejemplo, ofrece una entrada nueva al archivo a través de la presentación de la novela como género propio de una nación capaz de enfrentarse al progreso. Su maestro, Antonio Gómez Restrepo toma la antorcha y asume, mediante una revisión del archivo, llenar los vacíos e iniciar la narración de un terreno fértil para el genio nacional, una historia que ya no puede postergar más su entrada a los dueños del legado; se propone como parte activa de aquel padrinazgo y supera la función de un juicioso hijo, cuyo padre mira con indiferencia. Ya Vergara ha dejado la posibilidad de evocar un pasado construido en su historia; es hora entonces de que dicha evocación se emule y active a través de un sujeto que debe pelear por su herencia.